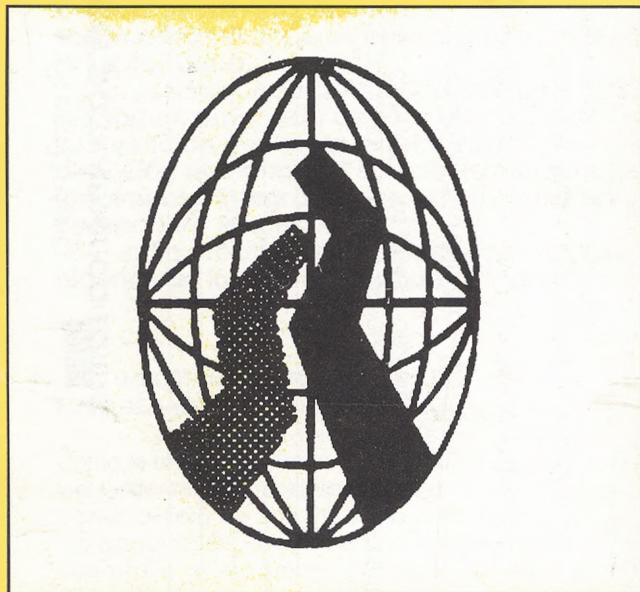


INpreCOR

Para América Latina

Número 24 • Agosto de 1992



separata

**Manifiesto
programático
de la IV
Internacional
Socialismo o
barbarie en el
umbral del
siglo XXI**

**Tercer Encuentro del
Foro de Sao Paulo
¡En defensa de la
soberanía de los
pueblos y de los
principios de no
intervención!**



INPRECOR

Correspondencia de prensa internacional para América Latina.

Revista mensual de información y análisis publicada bajo la responsabilidad del Secretariado Unificado de la IV Internacional

Editor responsable: Ulises Martínez Flores

Diseño: Ariane Merri

Índice del número 24

Agosto de 1992

3

LATINOAMERICA

Tercer Encuentro del Foro de São Paulo

;En defensa de la soberanía de los pueblos y de los principios de no intervención!

Declaración

8

Los retos y las tareas de la izquierda latinoamericana

Sergio Rodríguez Lascano

13

Discusiones sobre un proyecto alternativo

Alfonso Moro

16

El Encuentro de Managua en la prensa nicaragüense

SEPARATA

SOCIALISMO O BARBARIE EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI

Manifiesto programático de la IV Internacional

Los artículos firmados no necesariamente representan el punto de vista de la redacción.

Los artículos no firmados expresan las posiciones del Secretariado Unificado de la IV Internacional.

International Viewpoint

A fortnightly review of news and analysis published under the auspices of the United Secretariat of the Fourth International.

All editorial and subscription correspondance should be mailed to:

International Viewpoint

2, rue Richard-Lenoir

93108 Montreuil

France

Fax: 43 79 21 06

Inprecor

Correspondance de presse international

Revue bimensuelle d'information et d'analyse publiée sous la responsabilité du Secrétariat Unifié de la IV^e Internationale.

Édité par Presse-Edition-Communication (PEC)

Administration:

2, rue Richard-Lenoir

93108 Montreuil

France

Chèques bancaires et chèques postaux libellés à l'ordre de PEC

Nombre: _____
Domicilio: _____
Código postal: _____
Ciudad: _____
País: _____

El servicio de suscripciones a Inprecor para América Latina por el momento sólo cubre Estados Unidos, Canadá y los países de Europa.

Precio de la suscripción a 10 números: 150 FF.

Administración: 2, rue Richard-Lenoir, 93108 Montreuil, France

Cheques bancarios y cheques postales, extenderlos a la orden de:
Presse-Edition-Communication.

Inprecor para América Latina

Suscríbete a

Nuestras ilustraciones:

La portada de este número está ilustrada con una fotografía de Hugo Cifuentes, fotógrafo ecuatoriano. Los interiores llevan caricaturas de Palomo, Plantu y Quino, así como materiales diversos tomados de diferentes órganos de la prensa estadounidense, latinoamericana y europea. Los dibujos que ilustran la Separata son del pintor mexicano Jesús Peraza.

Tercer Encuentro del Foro de Sao Paulo

¿En defensa de la soberanía de los pueblos y de los principios de no intervención?

Del 16 al 19 de julio pasados, tuvo lugar, en Managua, Nicaragua, la Tercera Reunión del Foro de Sao Paulo. En ella participaron 122 delegados de 61 organizaciones y partidos políticos provenientes de 17 países de América Latina y el Caribe, así como 43 organizaciones que participaron en calidad de observadores, de los cuales dos eran de África, nueve de Asia, 21 de Europa y 11 de Estados Unidos, con un total de 60 delegados. Este esfuerzo de discusión e intercambio de experiencias da continuidad a las reuniones realizadas en Sao Paulo, Brasil, y Ciudad de México, México, en 1990 y 1991, respectivamente, y marca también el interés por seguir desarrollando estos encuentros, al definir como sede de su próxima reunión, en 1993, a La Habana, Cuba.

Inprecor para América Latina publica en esta ocasión extractos de la Declaración de Managua, emanada de este Tercer Encuentro, así como las partes sustanciales de la intervención que en la reunión tuvo el compañero Sergio Rodríguez Lascano, miembro de la dirección nacional del Partido Revolucionario de las y los Trabajadores (PRT) de México. Igualmente, integramos en este número de la revista una evaluación del encuentro escrita por el compañero Alfonso Moro.

En próximos números de Inprecor para América Latina continuaremos publicando algunos de los materiales que se expusieron en el Encuentro de Managua.

I. IMPORTANCIA Y FUTURO DEL FORO DE SAO PAULO

Como lo revela este Tercer Encuentro y el evidente reconocimiento internacional, el Foro de Sao Paulo ha demostrado servir de instancia de encuentro e intercambio entre las diferentes fuerzas democráticas de identidades nacionalista, populares y socialistas.

A 500 años de la invasión, conquista y colonización de América Latina, aspiramos no sólo a recoger cinco siglos de resistencia indígena, negra y popular, reafirmando el derecho de nuestros pueblos a la libertad, la soberanía, la justicia social y el desarrollo, sino que queremos, desde la organización autónoma de las mayorías trabajadoras y nacionales, desde el afianzamiento de nuestra identidad histórica y cultural, y desde la acción combativa y creadora, forjar nuestro ingreso al tercer milenio.

El Foro evidencia la disposición de continuar la lucha por la definitiva liberación económica y política de América Latina y el Caribe, hoy amenazados por nuevos mecanismos de dominación y opresión imperialistas. Reafirma la vigencia de la lucha por la liberación nacional, la justicia social y la democracia en toda su extensión y componentes que abarca, no sólo lo político sino también lo económico, social y cultural. Representa el rechazo de la gran mayoría de los latinoamericanos a la pretensión de identificar democracia con capitalismo, modernización con sumisión y renuncia al desarrollo autónomo con justicia social.

II. Ofensiva multifacética del Norte contra Latinoamérica y el Caribe

En Latinoamérica y el Caribe tiene lugar una ofensiva multifacética de parte del Norte para redoblar su do-

minación, modificando y ahondando las estructuras básicas del capitalismo dependiente, imponiendo políticas neoliberales con el consiguiente deterioro de las condiciones de la vida del pueblo, recortes de sus derechos básicos, desnacionalización y apertura indiscriminada de los países al capital y a la producción mundial.

Juegan un papel clave en esta embestida contra los intereses populares los organismos financieros multinacionales controlados por Estados Unidos y las grandes potencias imperialistas, como el FMI, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, y la instrumentalización de la injusta e impagable deuda externa y la conformación de bloques económicos y geopolíticos bajo control de las grandes potencias que pretenden someter a los países del Sur. De esta manera, en muchísimos casos, la política económica de nuestros países es determinada fuera de sus fronteras y sin participación alguna de nuestros pueblos.



Se agudiza una situación de dependencia en la cual, las sociedades del Sur no pueden reproducirse sin pasar por las decisiones del Norte. Los países que han vivido de la venta de los productos primarios enfrentan un fenómeno de "cuarta modernización" que consiste en su creciente exclusión del proceso global de producción e intercambio.

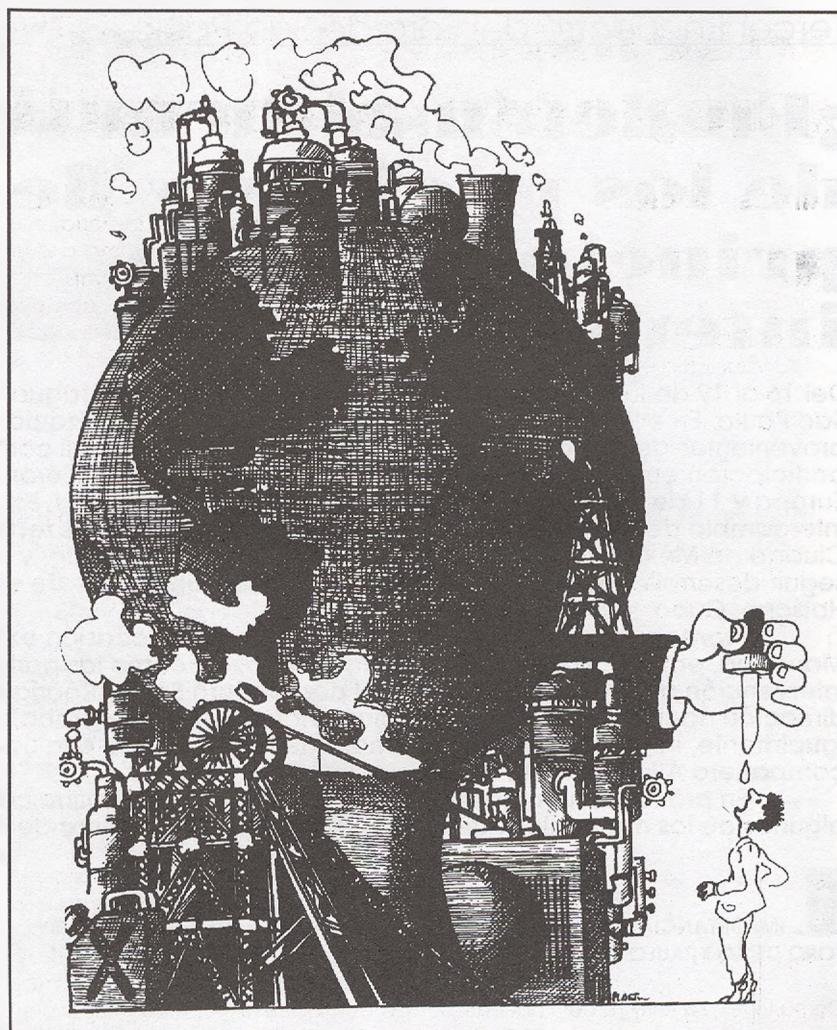
Es importante señalar que estos intentos de realizar un nuevo reparto del mundo entre los monopolios de las principales potencias se desarrolla en medio de la agudización de los conflictos interimperialistas y de la crisis mundial, que los pueblos oprimidos y explotados del mundo deben aprovechar.

No obstante que no se pueden minimizar los factores externos que, en gran medida, causan la situación extremadamente grave que viven los pueblos de América Latina y el Caribe, es necesario subrayar la alta responsabilidad de los elementos internos sobre esta situación. Sectores de la oligarquía y del gran capital trasnacionalizado se empeñan en mantener los vínculos dependientes del Sur con el Norte, actuando como cómplices y beneficiarios de la imposición de "democracias controladas", para resguardar sus intereses comunes y la hegemonización del poder en el nivel local e internacional.

La ofensiva neoliberal se desarrolla también en el plano cultural e ideológico, apuntando a la disgregación de valores solidarios arraigados en nuestra sociedad, imponiendo un modelo individualista y competitivo que enfrenta unos a otros para sobrevivir. Se coarta así, cada vez más, la participación social y política de nuestro pueblo.

Los programas de ajuste estructural políticos y económicos, definidos e impuestos por la presión de organismos financieros multilaterales, lejos de asegurar un desarrollo social, solamente procuran crear mejores condiciones para la inserción dependiente y funcional a los intereses imperialistas de las economías y Estados del Sur al sistema hegemónico capitalista. Esas reformas y esa inserción llevan la marginalización de las mayorías populares, capas medias y fuerzas de la cultura, la ampliación del desempleo y la reversión de conquistas sociales y una mayor concentración de la riqueza, especialmente por los monopolios y oligopolios.

A su vez, diversos foros y organizaciones mundiales y regionales son cada vez más hegemónizados por Estados Unidos y las otras potencias capitalistas, para consolidar un orden mundial y regional a la medida de sus intereses, pretendiendo legitimar el rol de gendarme internacional para Estados Unidos, principalmente



por medio del Consejo de Seguridad de la ONU. Todo esto se hace aprovechando los cambios en los países de Europa del Este y la pérdida del contrapeso geopolítico, así como también el debilitamiento de las instancias articuladoras de los países del Sur.

III. Elementos para la defensa de los intereses populares

La búsqueda de alternativas populares y revolucionarias tiene que conjugar la capacidad para promover la resistencia a la política neoliberal, con la creación de espacios de poder popular que afirmen las tendencias a la recomposición de la capacidad de lucha del pueblo y la gestación de una cultura contrapuesta a la cultura de dominación.

1. El proyecto neoliberal propuesto para América Latina y el Caribe no admite enmienda, pues su mal radica en la naturaleza del injusto orden económico mundial que busca consolidar y el modelo de sociedad que pretende imponer. Sólo la unidad amplia, en toda su diversidad, de todas las izquierdas y las fuerzas progresistas del mundo, podrá lograr un cambio de meta más acor-

de con las exigencias de la justicia y de la paz.

2. El contenido económico de una integración alternativa debe partir del interior de las sociedades, de la lucha destinada a superar las estructuras y modelos dominantes y a eliminar controles monopólicos y oligopólicos y, de la construcción de un desarrollo económico autónomo orientado, en primer lugar, a satisfacer las necesidades básicas de las mayorías, sustituyendo la actual alianza de los sectores trasnacionalizados de la burguesía con el capital internacional, por una alianza entre todas las fuerzas interesadas en la promoción de proyectos nacionales para la construcción de la justicia social, la democracia y la liberación nacional.

3. Hoy en día, se puede afirmar que todo proceso de desarrollo económico genuino pasa por un cambio de sujetos sociales en el poder, por una justa distribución de la propiedad y la riqueza, por la creación de poderes de mayorías y por el fortalecimiento de la sociedad civil. Los espacios de participación hacia esas metas deben ser abiertos, tanto desde la organización autónoma del pueblo como desde las instancias estatales, ampliando la influencia de



las grandes mayorías populares. Las políticas sociales no pueden estar separadas de las políticas económicas (...). Es necesario modificar el carácter de la estructura productiva tradicional, o luchar por la vigencia de los cambios en los países que sí lo han logrado, combatiendo las políticas, tanto las ortodoxas como las heterodoxas, de ajuste estructural y favoreciendo el desarrollo de las fuerzas productivas.

4. Es necesaria una activa labor política dirigida a la organización autónoma de la población en sus diferentes estructuras y modalidades, partiendo desde la base hasta sus expresiones nacionales. Se debe enfrentar la estrategia neoliberal que busca debilitar la acción y el peso político del movimiento popular.

5. Requerimos de programas que contemplen de manera específica los mecanismos para garantizar la integración plena e igualitaria de la mujer en la sociedad, que reconozca la maternidad como función social y el trabajo doméstico como productor de riqueza. Programas con metas para la inclusión de las mujeres en la producción y apropiación de la riqueza material, cultural, política, tecnológica, intelectual de la sociedad y eliminación de relaciones sociales opresivas.

6. Una alternativa genuinamente popular debe contemplar un programa democratizador que altere y reemplace instituciones elegibles y no elegibles, antidemocráticas y que, sobre nuevas bases constitucionales, posibilite crear y desarrollar una democracia integral: política, económica y social.

7. Una alternativa popular tiene que prepararse para asumir responsabilidades económicas monopolizadas por sectores empresariales nacionales y extranjeros, que impiden el desarrollo más profundo de iniciativas favorables a las mayorías. En un nuevo marco estructural e institucional, personas y organizaciones populares tienen que asumir roles de dirección y gestión económicas que faciliten las transformaciones requeridas. Es esencial para ello la información, la transparencia, el debate pú-

blico y el desarrollo de formas de participación popular desde lo local a lo nacional. Estas formas de participación tendrán viabilidad solamente dentro de un proyecto de transformación global hacia una nueva sociedad.

8. La participación popular en el diseño, dirección, gestión y fiscalización de las decisiones estratégicas depende de la existencia de un proyecto claro de desarrollo nacional al cual se dirigen los esfuerzos de las partes. La suma de tareas microeconómicas, por muy autónomas y populares que sean, no constituyen por sí solas una alternativa nacional.

9. El Estado debe constituir un escenario de participación y de poder de decisión nacional, en tanto que está obligado a jugar un papel central regulador y promotor de la equidad social, sin abandonar la dirección de la economía a la llamada suprema voluntad del mercado, que no es más que la voluntad del gran capital nacional y extranjero y de los organismos financieros multilaterales.

Se debe recoger la lucha de nuestros pueblos y naciones originarias, rompiendo con el sometimiento ancestral, con el fin de crear las condiciones que permitan la construcción de sociedades y Estados plurinacionales. Se trata de un factor central para el desarrollo popular, lo que significa que no hay que permitir que los contenidos de la educación y de los medios de comunicación sean impuestos desde el exterior, ni reflejen, exclusivamente, intereses minoritarios locales.

Los movimientos populares y las fuerzas democráticas deben de fortalecer y modernizar sus propios medios de comunicación así como luchar por la democratización de los medios de comunicación social.

En América Latina y el Caribe, la autonomía de los pueblos indígenas y de los grupos étnicos, social y culturalmente estructurados, exige bases económicas propias y formas de representación políticas idóneas, como parte indispensable de todo proyecto de participación democrática. La lucha por la demo-

cracia en nuestro continente también debe expresar el reclamo del fin del colonialismo en América Latina y el Caribe y el respaldo al derecho de esos pueblos a su autodeterminación y plena independencia.

Los derechos de los inmigrantes latinoamericanos y caribeños en Estados Unidos deben ser asumidos, en forma militante, por todos nuestros movimientos y partidos, procurando apoyar sus justas protestas y reivindicaciones articuladas a la rebeldía de las minorías negras y las luchas de otros sectores empobrecidos, reclamando con vigor el cese de la discriminación, la explotación, la exclusión y la represión que siguen acrecentándose.

IV. La integración de los pueblos

La Iniciativa para las Américas y los Tratados de Libre Comercio, enmarcados en ella, pretenden hacer permanentes e inmutables las concesiones globales hoy exigidas por el capital extranjero.

Representan un atentado contra la democracia en Latinoamérica y el Caribe, pues otorgan aún mayor poder a empresas transnacionales para tomar decisiones que tienen mucho que ver con que los pueblos puedan tener educación, salud y otros servicios indispensables para mejorar la calidad de vida.

Estas políticas, sustentadas por sectores dominantes en cada país, generan graves procesos de desestructuración económica y desintegración de nuestras sociedades, bloqueando las posibilidades de un desarrollo efectivo.

El esquema político y económico promovido por Estados Unidos supone una integración subordinada, que actualiza y subraya la necesidad de impulsar un proceso de integración entre los países de América Latina y el Caribe que corresponda a su visión, necesidades e intereses específicos. Este proceso debe estar basado en la solidaridad entre los pueblos: una integración "desde abajo" que favorezca la conformación de políticas productivas,

financieras y sociales a partir de las cuales un proceso de desarrollo e integración regional puede desplegarse.

Esa integración alternativa debe incluir un componente cultural capaz de responder a las reivindicaciones propias de diversos grupos de la sociedad: trabajadores urbanos y rurales, desempleados, pobladores, campesinos, mujeres, pueblos indígenas, etnias, religiosos, pequeños y medianos empresarios y todas las fuerzas económicas que pongan el interés nacional por encima de los intereses particulares.

Los partidos de izquierda deberán siempre mantener las más estrechas relaciones con estas organizaciones populares o de la sociedad civil, no para instrumentalizarlas pero sí para conocer bien sus exigencias y asumirlas en su lucha.

Un proyecto alternativo de integración debe ir más allá del marco meramente comercial liberalizador, que tiende a incrementar la vulnerabilidad de nuestras economías y la dependencia con el capital transnacional. Debe tener como objetivo de corto, mediano y largo plazo una integración social, política y económica y una articulación dinámica de culturas, para lograr un desarrollo económico y social justo.

Los participantes en el Foro reafirmamos que todo proyecto alternativo o programa de acción político debe tener en cuenta el papel nocivo que juega la política intervencionista de Estados Unidos. Ese injerencismo históricamente ha tenido por objetivo resguardar las estructuras del capitalismo dependiente en la

región, agrediendo todo proyecto político que no priorice los intereses económicos y geopolíticos de esa potencia.

El éxito de la integración de los pueblos puede ser seriamente comprometido por la manipulación de la deuda externa. Los pocos acreedores y organismos financieros quieren hacer creer que, con los acuerdos hechos sobre la base del Plan Brady, estarían resueltos los problemas creados por la deuda externa. Nada más falso. El pago de la deuda externa sigue profundizando la miseria e imposibilitando las inversiones necesarias para el crecimiento económico, el progreso técnico y la justicia social. La integración exigirá buscar mecanismos propios de negociación conjunta como respuesta a la unidad de los acreedores.

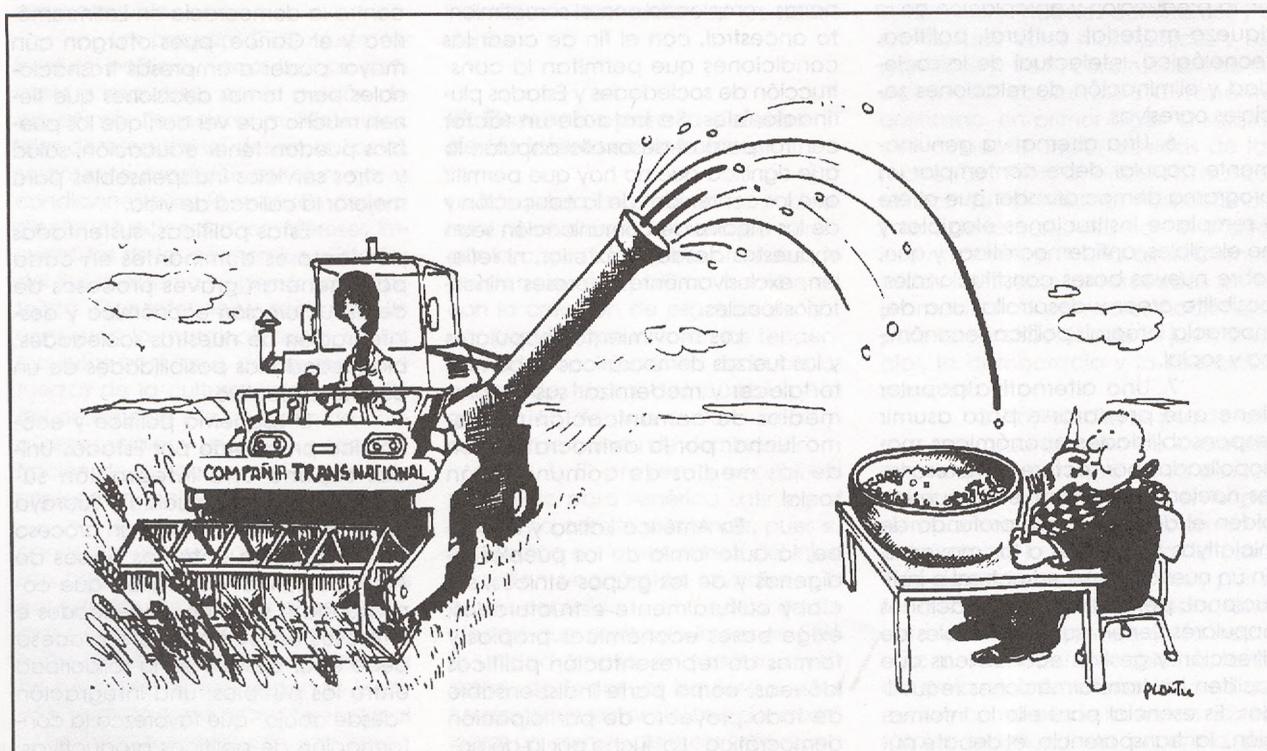
VI. Preocupante "legitimación" de la política intervencionista

Alertamos al mundo sobre la peligrosidad que conllevan las más recientes manifestaciones de la intervención militar, amparadas y ocultas, en la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo. Bajo ese pretexto, Estados Unidos organiza campañas militares en la región andina a la vez que fortalece la capacidad represiva de las estructuras de seguridad y de espionaje en los países de nuestra región.

A la política de las cañoneras tradicionalmente empleada por Estados Unidos contra nuestros pueblos, ahora se suma la legitimación de la misma a partir del fallo ilegal de la Corte Suprema de Justicia de Esta-

dos Unidos, el cual, junto a una serie de gestiones de extradición bajo presiones diversas, legitima el secuestro de quien el propio gobierno de Washington considere que ha cometido un delito. Unimos nuestra voz a las otras fuerzas defensoras del derecho, para denunciar este nuevo intento de imponer la ley del más fuerte en las relaciones internacionales, en flagrante violación de las soberanías nacionales y del derecho internacional. Demandamos la anulación de esa pretensión ilegítima por los organismos mundiales y regionales jurídicos competentes, así como la inmediata repatriación de los secuestados.

La política agresiva y de creciente hostilidad del gobierno de Estados Unidos contra el pueblo y gobierno de Cuba, incluyendo los nuevos intentos de ampliar el bloqueo económico contra esta nación soberana, constituye una afrenta a la soberanía latinoamericana y caribeña y una ofensa a la dignidad de sus pueblos. Frente a esto, afirmamos nuestro apoyo al derecho del pueblo y gobierno de Cuba a defender su determinación de llevar adelante la construcción del socialismo en su país. Nos comprometemos con la movilización de los pueblos de nuestra región y el mundo para contribuir a la defensa de esta hermana nación latinoamericana, exigiendo de parte de todos los gobiernos, no ceder a las presiones imperiales que pretenden obstaculizar los lazos de cooperación con Cuba, que sólo puede arrojar saldos positivos en términos materiales y morales.



VII. Alternativas y exigencias

En defensa de la soberanía de los pueblos y el derecho de autodeterminación e independencia, y de los derechos políticos, civicos, económicos, sociales y culturales de los hombres, mujeres, niños y pueblos enteros de nuestra América, llamamos a construir un nuevo orden económico y político internacional, distinto al que hoy se pretende imponer bajo el hegemonismo estadounidense y de las potencias capitalistas, que permita:

- La democratización de los organismos multinacionales y en especial las Naciones Unidas, revisando sus actuales normas orgánicas que permiten el abuso hegemónico del Consejo de Seguridad, organismo creado para resguardar la paz, pero ahora utilizado con el propósito de justificar guerras ilegales de Estados Unidos, como el caso de la guerra del Golfo y las agresiones contra Libia.

- Resolver definitivamente el grave problema de la deuda externa, que agobia a los países del Sur y los oprieme, condonándola y logrando un flujo de recursos financieros positivos hacia ellos.

- Modificar el actual régimen de intercambio desigual entre los países desarrollados y los del Sur, que impone a estos últimos un permanente y creciente drenaje de recursos.

- Una total reorientación de las políticas y funciones del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, redefiniendo los mecanismos de toma de decisiones en ellas.

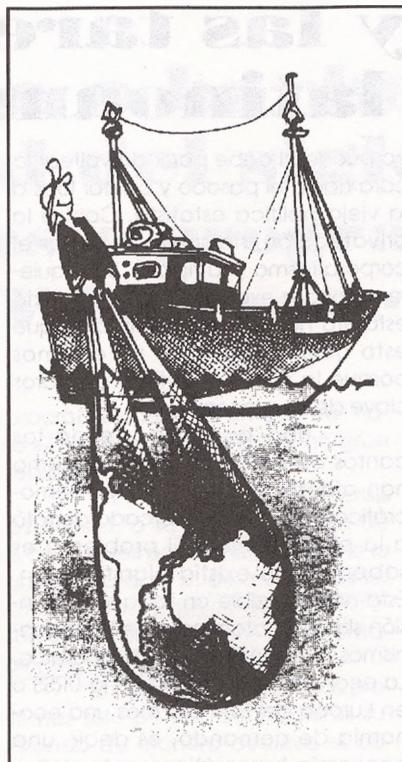
- Políticas económicas y modelos de desarrollo que garanticen la preservación del medio ambiente, terminen con la devastación ecológica y vinculen la lucha por el medio ambiente con la lucha contra la pobreza.

- El reconocimiento de la deuda ecológica que tienen los países del mundo capitalista desarrollado con los países del Sur.

- La reorientación de gastos militares de las grandes potencias hacia el desarrollo del Sur, impulsando el desarme mundial.

- La democratización de los mecanismos de información y comunicación mundial.

- El respeto a la soberanía nacional y a los principios de no inter-



vención, y de solución política de las diferencias entre naciones.

El Foro de São Paulo demanda:

- El cese inmediato del ilegal e inmoral bloqueo contra Cuba y la asistencia económica internacional masiva para lograr impedir que se sigan profundizando las nefastas consecuencias de más de 30 años de bloqueo. Asimismo, la restitución de la base de Guantánamo a Cuba.

- La restitución de Jean Bertrand Aristide en la presidencia de Haití.

- El restablecimiento pleno de los derechos democráticos cercenados en el Perú y la elección democrática de un Congreso Constituyente soberano, previo acuerdo de sus características y de la legislación electoral entre las fuerzas políticas y el régimen "de facto".

- El fiel y oportuno cumplimiento por parte del gobierno de El Salvador de los Acuerdos de Paz firmados con el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional.

- La agilización del proceso negociador en Guatemala, tomando en cuenta que no habrá paz en Centroamérica sin paz en Guatemala.

- El Foro demanda el cese inmediato de toda injerencia e intimidación de Estados Unidos en los asuntos internos de Nicaragua, así como

el fin de las presiones y chantajes que pretenden condicionar el futuro político de esa nación y revertir las conquistas de la Revolución Popular Sandinista.

- El desconocimiento del gobierno ilegítimo impuesto en Panamá por la invasión de Estados Unidos, el retiro de todas las tropas estadounidenses de ese país y el respeto pleno a los tratados Torrijos-Carter.

- El respeto al derecho del hermano pueblo latinoamericano de Puerto Rico a la libre determinación y a la independencia, así como el cierre de las bases militares en esa nación.

- La total erradicación del colonialismo en el Caribe y la eliminación de las bases militares extranjeras en esa región, para hacer realidad el derecho a la autodeterminación e independencia de los países y territorios que aún sufren dominación colonial en América Latina y el Caribe.

- La continuidad del proceso de negociación para una solución política y no militar al conflicto interno colombiano y la reanudación pronta del diálogo entre el gobierno y la Coordinadora Simón Bolívar.

- El cierre de las bases militares de Estados Unidos en Honduras.

Próximo al Quinto Centenario del llamado descubrimiento de América y del consiguiente inicio de la resistencia indígena, negra y popular, los participantes en el Foro invitan a los pueblos del mundo a asumir las luchas de nuestros pueblos originarios, a partir de una reflexión sobre este acontecimiento histórico que, con el exterminio de más de 100 millones de vidas humanas de nuestros pueblos originarios, impuso el sometimiento político, cultural, económico y social que hoy sigue negando los más elementales derechos a nuestros pueblos indígenas junto a las grandes mayorías populares.

Los retos y las tareas de la izquierda latinoamericana

Sergio Rodríguez
Lascano

1 UNA NECESARIA ALTERNATIVA global al proyecto del imperialismo y de sus burguesías asociadas debe partir forzosamente de ubicar el centro neurálgico de nuestra atención. Algunos sectores de la llamada "nueva izquierda" han querido ubicar lo fundamental de la alternativa en el levantamiento de una política que busca presionar para "aminorar los costos sociales del proyecto neoliberal". Esta posición tiene, a nuestro juicio, un error de entrada: se busca humanizar lo inhumano. Si los sectores más lúcidos de las burguesías latinoamericanas han optado por el proyecto neoliberal es porque en la lógica del capital hegemónico éste es el proyecto más rentable. No se trata, como algunos piensan, de que estos sectores se han equivocado en la dimensión de la agresión que significa esa política; estamos enfrente de una respuesta global ante los cambios que se han suscitado en el mundo.

Levantar una política alternativa no puede partir de parchar o limitar los aspectos más negativos del neoliberalismo sino de ubicar la crítica fundamental que tenemos a ese proyecto. Para nosotros, el neoliberalismo es la política global que viene a sustituir los viejos proyectos nacionalistas de América Latina. Esos proyectos surgieron en una coyuntura que permitió cierto nivel de desarrollo económico a partir de la coyuntura previa y posterior a la Segunda Guerra Mundial. La política de sustitución de importaciones implicaba la necesidad de desarrollar un mercado interno creciente, un cierto nivel de industrialización propio y un cierto incremento de los ingresos de las clases populares y de la clase media. Esa política hizo agua por varias razones; la fundamental fue que no pudo elevar los niveles de productividad del trabajo y que, al contrario, permitió el surgimiento de burocracias sumamente onerosas, con el consiguiente impulso de la corrupción.

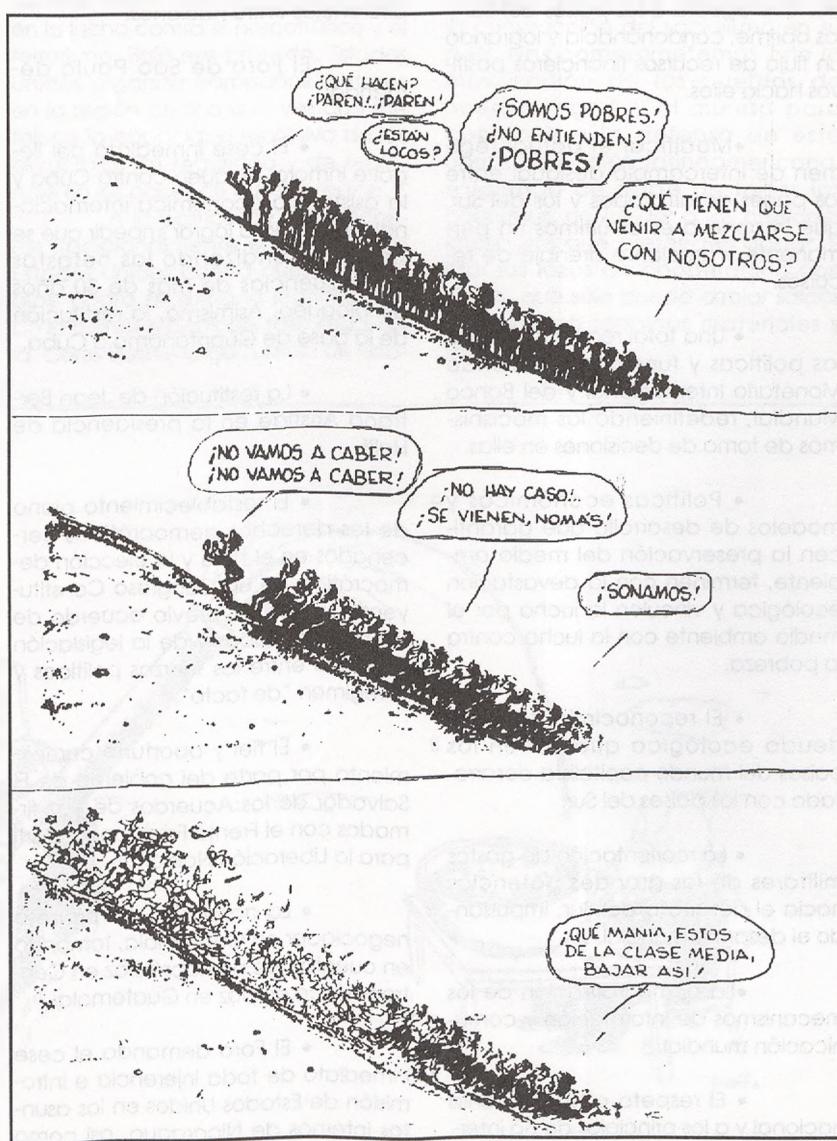
Ahora, el neoliberalismo, independientemente de quien lo impulse, busca aprovechar el indudable descontento popular por la corrupción y la antide democracia, para criticar no el viejo proyecto nacionalista sino cualquier tipo de visión social de desarrollo. Nuestra alternativa

no puede ni debe partir de voltear la cara hacia el pasado y cantar loas a la vieja política estatista. Contra la privatización, no suspiramos por el corporativismo y la rigidez. Se requiere entonces explicar que el proyecto estatista no es la alternativa, sin que esto quiera decir que no estemos porque la nación controle aspectos clave de la economía.

Una buena parte de los cantos de sirena del neoliberalismo han afectado a los sectores democráticos. Se dice: el mercado derrotó a la planificación. El problema es saber dónde existía planificación. Esta no es posible en toda su dimensión sin un agotamiento de los mecanismos mercantiles y sin democracia. La economía que existía en la URSS o en Europa del Este era más una economía de comando, es decir, una economía burocráticamente definida y no una economía planificada.

En la correlación de fuerzas en la que nos encontramos en la actualidad, es muy difícil pensar que nuestra alternativa al neoliberalismo es la planificación democráticamente practicada.

Y, sin embargo, los cantos neoliberales al mercado tienen una gran falla. Se dice que el mercado ha subsumido a todo lo demás; no obstante, en nuestros países una proporción extremadamente reducida tiene acceso al mercado formal. Si en Europa los "yuppies" socialdemócratas y tecnocráticos han construido la famosa teoría de la sociedad de los dos tercios (Según esta visión, existen dos tercios de la sociedad con capacidad de consumo, es decir, son los alimentadores del mercado y de la reproducción del sistema; el otro tercio no tiene la menor importancia; si de repente despareciera, no afectaría en nada el



Socialismo o barbarie en el umbral del siglo XXI (Manifiesto programático de la IV Internacional)

EL MUNDO ESTA EN UNA ENCRUCIJADA. Los conocimientos y las fuerzas productivas actuales podrían permitir la satisfacción de las necesidades materiales y culturales básicas de toda la población mundial. Pero el hambre y la falta de vivienda llegan hasta los países más ricos. Millones de seres humanos mueren de enfermedades curables como resultado del infanticidio de bebés de sexo femenino y de otras formas de discriminación; cien millones de mujeres faltan a la población mundial de nuestros días.

La brecha entre ricos y pobres se ensancha. En 1960, era de 1 a 60, y en 1990, de 1 a 150 entre el 20 % más rico y el 20 % más pobre de los habitantes del globo.

Ante todo, la supervivencia física de la humanidad está amenazada por la acumulación de armas nucleares, biológicas y químicas, así como por un deterioro cada día más pronunciado de la biosfera.

Pero, a pesar de un cuestionamiento continuo mediante amplias luchas de masas —a su modo en cada uno de los tres sectores de la realidad mundial: los países imperialistas, los del "Tercer Mundo" y los del Este, el sistema capitalista, principal responsable de esos males, parece estar ahora menos puesto en tela de juicio en su conjunto que lo que había estado durante décadas. La idea de que venció definitivamente al socialismo —identificado de manera equivocada con las sociedades bajo dominio burocrático en la URSS y Europa Oriental— está muy extendida.

Esto se debe, ante todo, a la crisis de credibilidad del socialismo, a ojos de las masas, en tanto que objetivo social global; crisis que se desarrolla al menos desde inicios de los años ochenta. Resulta de la toma de conciencia, por esas masas, del fracaso práctico del estalinismo, el post-estalinismo, la socialdemocracia y el nacionalismo populista en el "Tercer Mundo".

La forma concreta en que aconteció la caída de las dictaduras

burocráticas del Este, sin avanzar hacia el socialismo, contribuye en gran medida a ello.

En lo inmediato, esta crisis obstaculiza, a su vez, la solución de los candentes problemas que tiene la humanidad ante sí, de modo que los movimientos masivos de contestación son esencialmente fragmentarios y discontinuos.

En última instancia, esos problemas sólo podrán ser resueltos superando de manera decisiva el carácter enajenado y enajenante del trabajo humano, si la gran mayoría de las mujeres y de los hombres se convierten en las y los amos de sus destinos en la producción, el consumo y la ciudad. Para ello, deben conquistar el poder de decidir su destino de manera consciente, libre y democrática. Ese es el sentido de una sociedad autogestionaria y de una civilización superior. Ese es el contenido esencial que atribuimos al socialismo.

I. ¿Qué está en juego?

1. Aumentan los peligros

A pesar de las medidas de reducción de los arsenales nucleares, la carrera armamentista continúa. Las armas acumuladas terminan por ser utilizadas, acarreando sus bárbaras consecuencias. Desde 1945, ha habido más de 100 guerras llamadas locales que han costado 20 millones de muertos. La agresión brutal del imperialismo contra Irak en 1991 ha revelado claramente las consecuencias salvajes del armamentismo. La existencia de enormes reservas de armas nucleares, el desarrollo de las armas químicas y biológicas, la proliferación de centrales atómicas susceptibles de transformarse en otras tantas ojivas nucleares, incluso en caso de guerras "convencionales", implican un riesgo de destrucción física del género humano.

Las amenazas de calentamiento progresivo de la atmósfera, de destrucción de la capa de ozono,

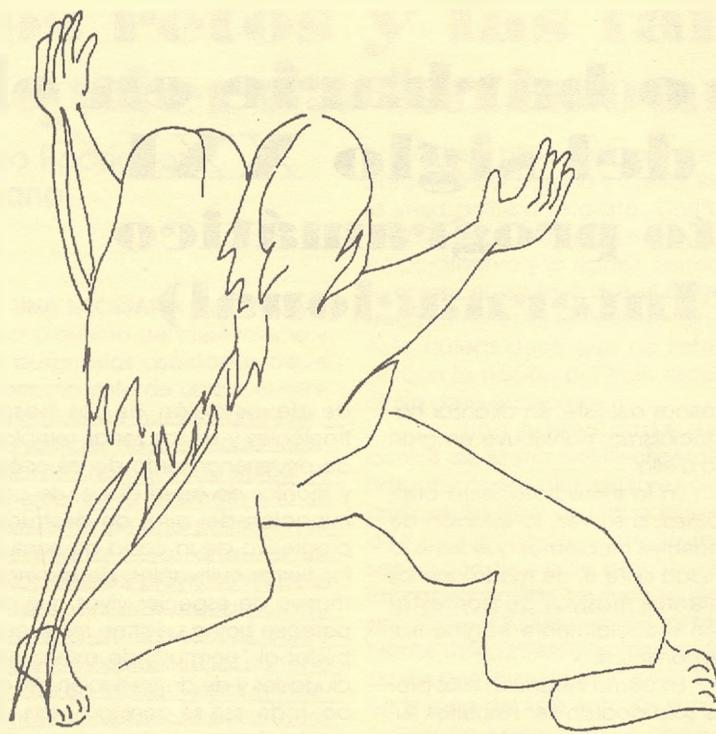
de devastación de los bosques tropicales y de las zonas templadas, de envenenamiento de los océanos y mantos de agua dulce, de contaminación del aire, de destrucción progresiva de la capa de humus de las tierras cultivables, de eliminación masiva de especies vivas que desaparecen hoy a un ritmo mil veces superior al "normal"; de asfixia de las ciudades y de degradación del campo, todo eso se conjuga para socavar las bases de la supervivencia física de la humanidad.

Pueblos enteros están al borde de la hambruna, y no porque la productividad agrícola mundial sea demasiado pequeña sino porque es demasiado elevada para garantizar beneficios suficientes a la agroindustria y a los agricultores de los países más ricos. En éstos, el Estado ofrece primas por la reducción sistemática de las superficies sembradas "para sostener los precios", lo riesgo de suprimir las reservas de cereales de la humanidad entera en caso de que se sucedan algunas cosechas malas.

Las repercusiones de la larga depresión por la que pasa la economía internacional desde inicios de los setenta ya son desastrosas para las condiciones de existencia en casi todos los países del "Tercer Mundo". Un informe oficial de las Naciones Unidas, aunque define la pobreza de manera demasiado restrictiva, constata que hay ahora mil millones de indigentes.

En las metrópolis imperialistas, los efectos de la crisis, aunque cada vez se ven más a flor de piel, han sido frenados hasta ahora por las conquistas arrancadas por las luchas obreras durante los decenios anteriores (en materia de protección social, sobre todo) y por la fuerza social que la clase trabajadora representa. Con todo, el desempleo se ha disparado: hay más de 40 millones de desempleados en los países más ricos, mientras que sólo había 10 al inicio de los setenta. Los millones de pobres nuevos representan entre 10 y 35 por ciento de la población, según el país.





El empobrecimiento, la marginación y la inseguridad ascendentes en la sociedad se traducen, en términos políticos, en una tendencia hacia Estados fuertes y hacia la restricción de las libertades democráticas y los derechos sindicales, así como en el auge del racismo, la xenofobia, de los ataques contra los derechos de las mujeres y los homosexuales, y el resurgimiento de una extrema derecha neofascista. Se recurre de modo sistemático a la tortura y al terrorismo de Estado en más de 60 países del mundo, entre los que se encuentran algunos países imperialistas. En el "Tercer Mundo", la lucha contra la represión, incluidos los secuestros y las desapariciones, da hoy un sentido más amplio al combate por las libertades democráticas. Símbolo de esta degradación: más de 150 años después de que el esclavismo fuera supuestamente abolido, hay de nuevo millones de esclavos en el mundo.

Por supuesto, los explotados y oprimidos no se dejan arrastrar pasivamente hacia cataclismos que ponen en duda su futuro y hasta su subsistencia. Millones de hombres y mujeres han participado, durante los últimos años, en las movilizaciones contra la guerra, las armas nucleares y el militarismo, por la defensa del medio ambiente, por el derecho al aborto, por la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas, contra el racismo y el neofascismo, contra la austeridad y el desempleo, contra el imperialismo, el hambre y el azote de la deuda que agobian al "Tercer Mundo", y contra los privilegios y las dictaduras burocráticas.

Luchamos por una salida global de la crisis que salvaguarde las oportunidades de emancipación social de la humanidad y satisfaga plenamente el objetivo de los derechos humanos, no sólo en términos civiles y políticos sino también como derechos al trabajo, a un nivel de vida decente, a la dignidad, a la salud, a la educación y a la vivienda.

Ni la jungla capitalista ni alguna dictadura burocrática pueden responder a ese desafío. Una salida socialista e internacionalista de la crisis de la civilización tiene que pasar por su derrocamiento. Esta posibilidad se funda en el potencial de lucha e innovación del proletariado y los oprimidos.

Lo ilusorio más bien es pensar que los peligros pueden ser conjurados mediante sacrificios pacientes y reformas sabias. Las prédicas reformistas nunca han logrado evitar crisis ni guerras, ni parar las explosiones sociales. En el futuro, tampoco lo lograrán. La resignación siempre ha sido mucho más costosa que el combate.

2. No hay salida suave de la depresión

Quienes, ebrios por la expansión posterior a la guerra, apostaban a un capitalismo pacífico y social que garantizara el trabajo a todos y el aumento constante de los ingresos reales, ya han visto sus ilusiones desmoronarse. Quienes apuestan hoy a una salida suave de la depresión, con paciencia y sacrificios crecientes

por parte de las y los explotados, no captan la relación íntima entre los peligros que nos acechan y la lógica intrínseca de la economía de mercado generalizada, esencia misma del capitalismo: competencia exacerbada que no repara en sus efectos sobre la sociedad entera; búsqueda desenfrenada de ganancias y enriquecimiento privado en el corto plazo, sin tomar en consideración sus costos humanos ni las llagas que abre en la naturaleza; extensión de la competencia y la agresividad a las relaciones entre individuos, grupos sociales y Estados; egoísmo y corrupción generalizados, guerra de todos contra todos y "¡maldición a los débiles y vencidos!"

La depresión prolongada resulta de esta lógica despiadada de la economía capitalista. En ella se ven también fases de relance económico. Pero, con éstas, el costo de la crisis se transfiere más y más al "Tercer Mundo" y a los desposeídos de las metrópolis. Tales fases ni siquiera logran detener el desempleo en sus propios países. La prolongación de la depresión representa en realidad un terror sin fin para los miserables y los abandonados.

Aunque durante las primeras décadas de la postguerra las recessiones fueron de una magnitud menor a las de los cincuenta años anteriores, desde los años setenta tienden a agravarse. La economía capitalista internacional no logra superar el dilema: o mayor inflación o mayor crisis de sobreproducción. Aunque es poco probable, no se descarta la posibilidad de que haya un crack bancario financiero como el de 1931.

Es el desarrollo de una tecnología sometida a los imperativos de la competencia y la ganancia, o a la incuria burocrática —y no la perversidad supuestamente intrínseca e incontrolable de la tecnología o la ciencia en sí mismas—, lo que podría conducirnos a desastres mayores. La subordinación de la ciencia a los imperativos obtusos de rentabilidad en el corto plazo es lo que provoca el entusiasmo, aparentemente irresistible, por el progreso de las tecnologías en sí peligrosas. Con el capitalismo, triunfa la combinación de una racionalidad parcial, fragmentaria y de una irracionalidad global cada vez más explosiva.

A pesar de que es ilusorio creer en los efectos automáticamente benéficos del progreso científico, hay que reconocer que la humanidad no requiere de menos ciencia, menos razón, menos técnica, sino, al contrario, de más ciencia reconciliada con la conciencia de sus intereses sociales en el largo plazo, de una técnica sometida a la

inteligencia y a la ética colectiva de las y los productores asociados que implica el objetivo de emancipación y solidaridad humanas universales. No requiere un retorno a la superstición y a los mitos oscurantistas.

La lucha por la realización de los derechos humanos en todos los continentes está en el centro de este combate. En una sociedad en donde el principio soberano es el respeto de la propiedad capitalista y de la primacía de la ganancia, es imposible garantizar a todas y todos el goce pleno de sus derechos democráticos y sociales fundamentales. El movimiento obrero debe volver contra la burguesía la campaña por los derechos humanos, convertirse en el defensor más resuelto de las libertades democráticas. Mas sólo podrá ganar confianza y autoridad si aplica en sus propias filas esos principios y no se pliega ante violación alguna de esos derechos en los países en que gobiernan.

Potentes intereses se oponen al desarme universal generalizado, impidiendo detener la contaminación de aire, mar y tierra, suprimir el hambre, la miseria y la ansiedad de la vida cotidiana y vencer los antídotos mortíferos contra dicha ansiedad, como el alcoholismo y la drogadicción.

Es ilusorio imaginar un capitalismo sin crisis periódicas de sobreproducción; éstas son verdaderas afrentas a la humanidad, tomando en cuenta la existencia de miles de millones de seres cuyas necesidades más elementales siguen pendientes. Es ilusorio imaginar un capitalismo sin desempleo, pobreza ni discriminación hacia las mujeres, la juventud, las personas de edad avanzada, las y los inmigrantes o las minorías nacionales, sin racismo ni xenofobia. El modo de producción capitalista no será más capaz de evitarlas mañana que ayer.

La creciente dimensión internacional de las fuerzas productivas provoca que el capital tienda a tomar esa misma dimensión. Esto implica, sobre todo, que los problemas centrales de la humanidad cobren un carácter mundial creciente y que ya no puedan ser resueltos más que en ese nivel, mediante el advenimiento de una Federación Socialista Mundial.

Sin embargo, a pesar de su amplia hegemonía temporal en la escena política mundial, el imperialismo es incapaz de controlar esta mundialización. El imperialismo se encuentra desgarrado por la agudización de la competencia en un ámbito de depresión, prisionero del Estado nacional, cuestionado por sectores importantes de la población

mundial, y no puede, hoy en día, aplastar a sus propios habitantes como lo hizo el fascismo ayer. Pero, se desarrolla el Estado fuerte, y aparece un caldo de cultura racista, pre-fascista.

Es inadmisible cegarse ante estas tendencias: rehusarse a ver hoy esos peligros es tan irresponsable y tan cobarde como lo fue en vísperas de Auschwitz y después de Hiroshima.

3. La catástrofe ya avanza en el "Tercer Mundo"

Los peligros que amenazan a la humanidad ya se manifiestan abiertamente en los países dependientes. La barbarie ya encontró rienda suelta allí. Es inadmisible juzgar al capitalismo únicamente en el espejo de las condiciones de existencia de una pequeña minoría de la población del globo; a saber, la burguesía, las clases medias y las capas asalariadas altas de los países más ricos.

Salvo raras excepciones, los países del "Tercer Mundo" han acusado un declive desastroso del nivel de vida promedio durante el último decenio, lo que ha llevado a su población a condiciones de existencia infráhumanas.

Los fenómenos de depauperación absoluta allí rebasan a veces los de los años treinta, y son cada vez menos amortiguados por el mantenimiento de una agricultura de subsistencia. El poder de compra de los salarios a menudo se ve reducido en 50 por ciento. En los países más pobres, el consumo de calorías de la mitad más desamparada de la población ha caído a tal punto que se acerca al de los campos de concentración nazis de antes de 1940. El desempleo endémico alcanza, allí, hasta 40.5 % de la población potencialmente activa.

En esos países, 15 millones de niños mueren anualmente de hambre, desnutrición y falta de atención. Cada cinco años, esta hecatombe silenciosa cobra tantas víctimas como la Segunda Guerra Mundial, sin olvidar aquí las del Holocausto y de Hiroshima. Esto equivale a varias guerras mundiales contra los niños desde 1945: he ahí el precio del mantenimiento del capitalismo internacional.

Los recursos para alimentar, atender, albergar y educar a esos niños abundan en todo el mundo. Con la condición de que no sean dilapidados en gastos de armamento; de que sean distribuidos en beneficio de los más desfavorecidos; de dejar de confiar su reparto al espíritu de ganancia de las multinacionales químicas, farmacéuticas y agroalimenta-

rias, a la sed de lucro de los fabricantes de armas.

Las metrópolis imperialistas exportan de manera deliberada la contaminación hacia los países del "Tercer Mundo", convirtiéndolos en un basurero barato para los desechos industriales peligrosos no reciclables. La tierra, que fue consagrada durante milenarios a la producción de los alimentos básicos de los campesinos, se usa cada vez más en cultivos comerciales, destinados a la exportación. De esto resulta una mayor aridez de la tierra que lleva al crecimiento de los desiertos, una destrucción acelerada de los bosques tropicales, el transporte, hacia esos países, de fábricas particularmente devastadoras, que crean rápidamente desastres ambientales aun peores que los que ya afligen a los países ricos.

La búsqueda frenética de divisas destinadas a financiar el servicio de la deuda y el desarrollo sistemático de cultivos de exportación acentúan la tendencia a la desnutrición y a la hambruna. Hoy, los países pobres son exportadores netos de capitales hacia los países ricos, ni hablar de los efectos del deterioro de los términos del intercambio, la corrupción, la malversación de fondos y créditos públicos por las clases poseedoras de los países del "Tercer Mundo" para su enriquecimiento privado. El yugo de la deuda sojuzga todo a los más pobres de entre los pobres.

La lucha contra el pago de la deuda, por su cancelación inmediata y total —tanto capital debido como su servicio— comienza, en el plano de lo cotidiano, oponiéndose a las políticas de austeridad salarial, que ejercen una presión terrible sobre el poder de compra, a los sombríos recortes de los presupuestos de educación y salud ordenados por el FMI, al desmantelamiento del sector público y a los destrozos ecológicos relacionados con la penetración salvaje del capital y con la prioridad absoluta de la exportación en detrimento de los cultivos alimentarios.

Los trabajadores, los campesinos y los desheredados de las ciudades y barriadas resisten este deterioro insopportable de sus condiciones de vida. En América Latina, Asia y África se suceden olas de huelgas, ocupaciones de tierras, revueltas campesinas, explosiones urbanas de poblaciones empobrecidas y marginadas, de luchas comunitarias; y también éxitos electorales, huelgas generales, esfuerzos de organización política y sindical independiente del Estado y la burguesía, así como esfuerzos por constituir focos de resistencia armada.

4. La crisis en la Unión Soviética y en los países del Este

La crisis maduraba desde hacía años. La política de Mijail Gorbachov no la generó; simplemente la reveló.

En la URSS y Europa del Este, esta crisis se manifestó, sobre todo, con la disminución del crecimiento económico, con un atraso tecnológico cada vez más pronunciado respecto a los países imperialistas, una parálisis y regresión sociales, la reaparición en gran escala de la pobreza, una crisis moral e ideológica profunda, la total pérdida de credibilidad de las instituciones políticas.

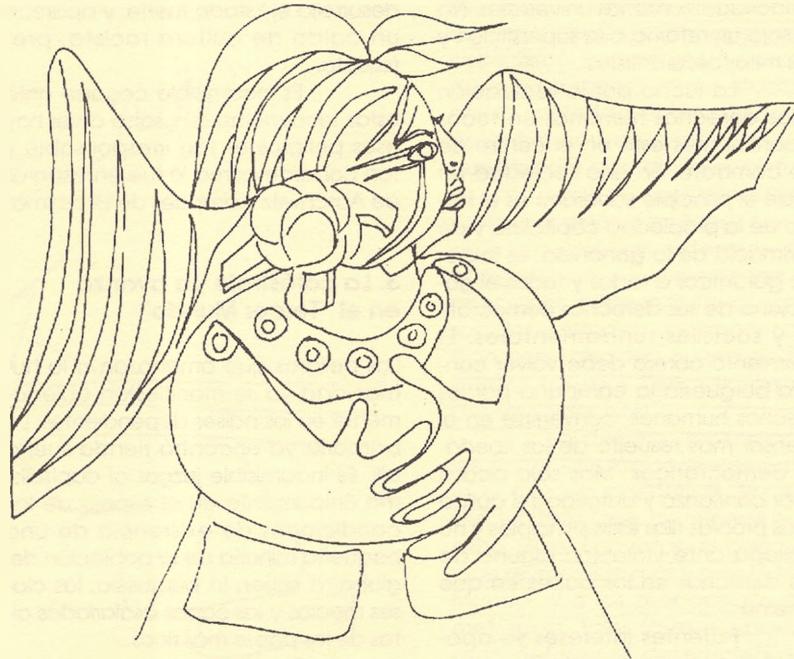
A esto se agregó la creciente ausencia de motivación del trabajo, en pronunciada declinación, de compromiso social, de ensimismamiento y conformismo de importantes sectores de masas, lo que prolongó, indudablemente, la duración de la dictadura democrática. Esas tendencias fueron compensadas sólo de manera parcial e insuficiente por el renacimiento de la confianza propia de los trabajadores dentro de los límites de la empresa y por el resurgimiento de una opinión política autónoma en círculos restrictos.

Esta crisis no fue crisis del capitalismo ni del socialismo.

El capitalismo presupone que la fuerza de trabajo y, además, los grandes medios de producción sean mercancías que se compran y se vendan en el mercado. Presupone que el capital dinero sea el punto de partida y de llegada de la reproducción. Nada de eso ha caracterizado la economía de la antigua Unión Soviética.

El socialismo, por su lado, es inseparable de un nivel elevado de productividad del trabajo y de satisfacción de las necesidades de consumo de las masas. Presupone la democracia más amplia para la mayoría, la libre confrontación de opiniones, la independencia de las organizaciones de masas respecto de los partidos y el Estado, el ejercicio del poder por las propias masas, la autogestión; el socialismo jamás ha existido en esos países. No fue uno de los menores crímenes de Stalin el haber asociado la noción de socialismo a monstruosidades burocráticas tales como la dictadura policiaca, el Gulag, las desigualdades crecientes, la corrupción generalizada, la tutela de la juventud, de la ciencia y de la creación literaria y artística.

Eos países tampoco representaban algún tipo de capitalismo. Su crisis es específica. Se trata de sociedades de transición postcapitalistas que sufrieron la sujeción de las amarras asfixiantes de una capa burocrática privilegiada y parasitaria,



que ha usurpado el poder de los trabajadores. Estaban marcadas por una contradicción cada vez más explosiva entre estos elementos y el potencial de progreso social, por un lado, y el caos económico, las desigualdades, la opresión y la corrupción resultantes de la dictadura burocrática, por el otro.

Para salvar su poder político, fuente y fundamento de sus privilegios, la burocracia puede emprender reformas. A pesar de sus éxitos iniciales, los intentos reformadores de Tito, Jruchov, Mao o Deng, todos han llegado a un callejón sin salida. Los esfuerzos de Gorbachov vivieron el mismo destino. Con todo, favorecieron una decantación social profunda, incluso en el seno de la burocracia, con la aparición de fuerzas políticas y sociales favorables al capitalismo y un despertar de la actividad de masas en la base, que no encuentra precedentes soviéticos desde la contrarrevolución estalinista.

La manera en que las masas de Europa Oriental y la URSS reaccionaron ante la creciente crisis de sistema en esos países se ha modificado paulatinamente desde fines de los setenta e inicios de los ochenta. Los socialistas revolucionarios se dieron cuenta de esto con mucho atraso. Por ello, se equivocaron en cuanto a las posibilidades de una salida rápida de esta crisis favorable al socialismo.

Un factor importante de ese cambio de comportamiento de las

masas reside sin duda en la represión que se desató, desde entonces, contra la "protesta", tanto obrera como intelectual. Esta represión decapitó el potencial socialista existente, por ejemplo, en el Solidarnosc de inicios de los ochenta.

Sin embargo, a los efectos de esta represión se sumaron los resultados objetivos de la crisis del sistema intensificada desde entonces: no sólo se deterioraron las condiciones de vida de las masas sino que, además, comprendieron que la "economía de mando" estaba en bancarrota. Fue identificada con el socialismo —errónea pero realmente— a causa del uso, por los partidarios del régimen, del concepto de "socialismo realmente existente", y de la propaganda imperialista que caracterizaba, asimismo, a esos países como "socialistas".

El hecho de que el movimiento obrero internacional no se haya movilizado para apoyar las luchas antiburocráticas entre 1953 y 1981 ha contribuido a que las masas de esos países hayan buscado un apoyo ideológico y material de la burguesía, más que del proletariado internacional, a la hora en que la dictadura burocrática se derrumbó.

En consecuencia, se rompió la continuidad de la rebelión obrera en RDA del 53, de las movilizaciones obreras en Polonia y la revolución húngara del 56, de la Primavera de Praga de 68-69 y del potencial socialista autogestionario de la explosión de Solidarnosc en Polonia de 80-81.

Las masas de Europa Oriental y la URSS no ofrecieron, ante el derrumbe de las dictaduras estalinistas y postestalinistas en 1989-91, una iniciativa política de clase. En el nivel político, por el momento, han dejado el campo libre a fracciones de la burocracia, incluidas fracciones procapitalistas, y a los "liberales" de la pequeña y mediana burguesía para quienes la "economía de mercado" es el medio de entrar a la acumulación primitiva de capital.

Además, la eliminación de las libertades democráticas elementales y de la libertad individual por los régimes burocráticos han llevado a que las masas identifiquen el conjunto de las instituciones estatales burguesas con la democracia.

Pero las primeras tentativas de privatización de la economía, las aperturas al capital internacional y el inicio de restauración del capitalismo tienen lugar, inevitablemente, bajo el sello de la austeridad y la desigualdad agudizada, que podrían transformar tal restauración en una verdadera catástrofe, con decenas de millones de personas arrojadas a la regresión y a la miseria social y cultural. En la medida en que los régimes establecidos empujan en ese sentido, más se acentuará la resistencia de las masas, en especial entre los trabajadores. También se puede esperar una amplia resistencia a los intentos por atacar las condiciones sociales de las mujeres, especialmente en lo que se refiere al derecho al aborto.

Ante esas resistencias, los adalides de la liberalización económica a ultranza, lejos de perseguir una apertura democrática tendrán la tentación de restringir de nuevo las libertades democráticas, o incluso de recurrir a la represión autoritaria, si la correlación de fuerzas se lo permite. La generalización y consolidación de esas libertades exige un poder obrero y popular institucionalizado. A falta de un poder tal, y tomando en cuenta la extensión que tomará la resistencia de masas, esos países vivirán un largo periodo de inestabilidad caótica, durante la cual las condiciones de una victoria de los trabajadores podrían madurar poco a poco.

Pero habrá de pasar algún tiempo y muchas experiencias de luchas antes de que los trabajadores conquisten su independencia política de clase y el nivel de conciencia necesarios para obtener esa victoria.

5. La transición al socialismo excluye el dominio del mercado

Ante la gravedad de la crisis en la antigua URSS y en Europa Oriental,

importantes sectores del pueblo trabajador, tanto en el Este como en el Oeste, se resignan a que el dominio del mercado constituye un mal menor comparado con el desorden burocrático. Entre esto y predicar un "socialismo de mercado" hay sólo un paso que ya han dado los ideólogos reformistas y neorreformistas de todo el mundo.

Sin embargo, la propia idea de "socialismo de mercado" es contradictoria. En una sociedad auténticamente socialista, los productores libremente asociados determinarán, por sí mismos, qué producen, cómo lo producen y cómo lo reparten, al menos en su mayor parte. La gestión democrática de la economía, la determinación consciente y colectiva de las prioridades y de los medios de satisfacerlas, son incompatibles con el reino del mercado y la competencia.

Antes del advenimiento de una sociedad de abundancia, es decir, de saturación de todas las necesidades racionales, todo sistema económico está supeditado a una carencia relativa de recursos productivos. Esto implica que ciertas necesidades han de ser satisfechas a expensas de otras. Quienes controlan el excedente social —clases o capas dominantes— tienen el poder de decidir, en última instancia, con qué prioridad se emplearán los recursos aún relativamente escasos.

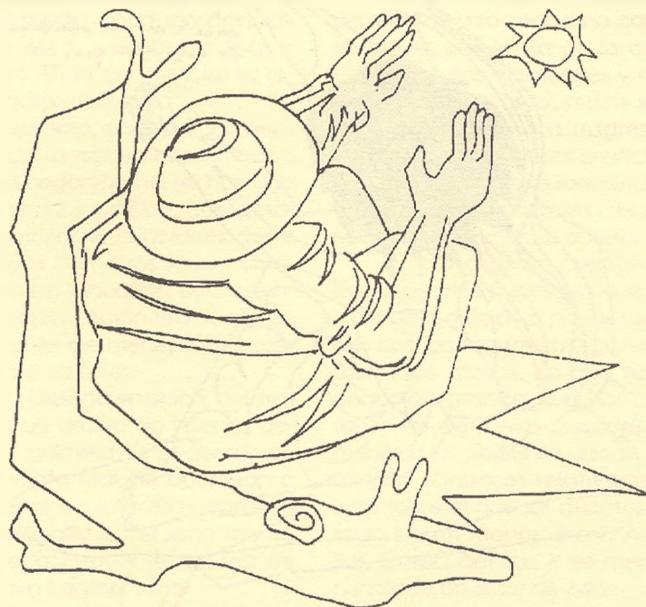
En la sociedad capitalista, esas decisiones dependen de las grandes compañías y las grandes fortunas, es decir, de los imperativos de la ganancia y la acumulación del capital privados. Las "leyes del mer-

cado" están atravesadas por esas presiones y esos imperativos. Se construyen residencias de lujo suplementarias mientras que hay millones de personas sin vivienda, incluso en los países ricos. Hay 1.7 millones de personas que no disponen de agua corriente, mientras que, simplemente en California, hay cientos de miles de piscinas privadas. Se invierte masivamente para producir artificios cada vez más inútiles, cuando no nocivos, mientras quedan necesidades elementales de varios miles de millones de personas sin satisfacer.

En la economía dominada por la burocracia soviética y en las formaciones análogas, esas prioridades en el empleo de los recursos eran determinadas de manera arbitraria e impuestas despóticamente, conduciendo a enormes desequilibrios y derroches crecientes.

En una economía socializada, administrada por las y los productores, consumidores y ciudadanos, esas prioridades serán determinadas democráticamente por las masas laborosas. Las necesidades a satisfacer primero, que serán determinadas así, constituirán la base del plan.

La planificación socialista democrática es indispensable para garantizar el respeto de esas prioridades. Debe evitar que las tendencias de desarrollo económico dependan de "leyes económicas" que se impongan de manera espontánea, a espaldas de las y los trabajadores. Debe garantizar que esas tendencias sean determinadas concientemente, en especial en lo que se refiere al empleo, la duración e intensidad del trabajo, el crecimiento de la igual-



dad, la preeminencia de la atención médica y la educación, el cuidado del medio ambiente, la cultura. La relación entre autogestión democrática planificada y satisfacción de las necesidades de consumo es justamente lo que implica que una economía auténticamente socialista sea superior a una capitalista, aun cuando ésta toma la forma de "economía social de mercado". Esto se articula con una combinación de diversas formas de propiedad: socializada, no estatal, de los grandes medios de producción e intercambio; cooperativa y privada de los pequeños.

Las y los productores sólo desatarán su enorme potencial de motivación del trabajo creador, inventor, de administradores responsables y ahorrativos cuando vean en la práctica que son capaces de garantizar bienes y servicios de alta calidad, distribuidos sin trabas. Por tanto, el "espíritu de empresa", en el sentido racional, que en el régimen capitalista y bajo el reino del mercado no es propio más que de una pequeña minoría de propietarios privados, se extenderá a la mayor parte de los productores.

Apoyándose en las inmensas posibilidades de la informática y estimulada por la reducción radical de la jornada y la semana de trabajo, y de una socialización creciente del trabajo doméstico, integrando

además todas las preocupaciones ecológicas, la economía socialista —autogestionaria y planificada democráticamente— podrá así resultar cualitativamente más eficaz, racional y humana que la economía capitalista más avanzada.

La experiencia yugoeslava ha confirmado que la autogestión obrera —limitada a la empresa— y la economía de mercado se excluyen en el largo plazo.

En ese caso, los trabajadores se beneficiaban de importantes prerrogativas en sus propios centros de trabajo, podían incluso despedir a su director. Pero, si la suerte de la fábrica depende de su éxito en el mercado, y éste depende, a su vez, de cuantiosos factores independientes de la voluntad de los productores (como el estado de la tecnología inicial, el grado de monopolización de los productos vendidos, el acceso desigual a las divisas que permiten importar herramientas, materias primas y partes de repuesto), éstos pueden verse castigados por el mercado, independientemente de sus esfuerzos. Su empresa puede incluso ser llevada a la ruina. ¿Qué queda entonces de la autogestión, aparte del "derecho" de las y los trabajadores a despedirse a sí mismos?

Durante la transición del capitalismo al socialismo, sigue siendo necesario y útil recurrir a mecanismo

de mercado en los sectores cuya socialización objetiva del trabajo es insuficiente para la propiedad colectiva: artesanado, ciertos sectores de la distribución y los servicios etc. Esto puede contribuir a reducir la escasez al resquebrajar los monopolios, pues no incitan a tomar suficientemente en cuenta las necesidades de los consumidores en la agricultura y el comercio de detalle, siempre que los monopolios de Estado no sean sustituidos por privados.

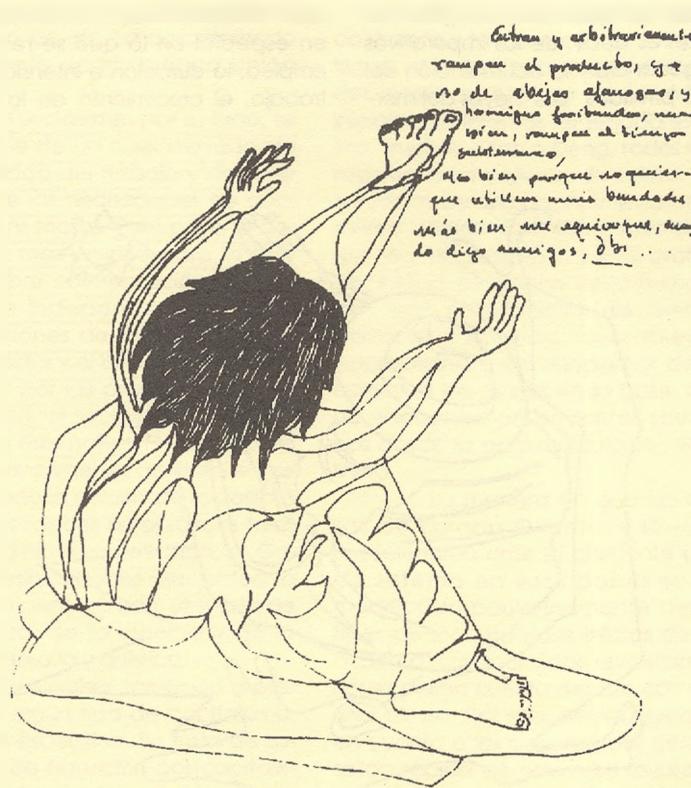
Con todo, su uso sólo es positivo si se busca concientemente el desvanecimiento paulatino de las relaciones mercantiles y, sobre todo, junto con el reino de una democracia socialista, pluripartidista, que deje el poder de decisión en manos de las masas, en todos esos asuntos.

El empleo de un patrón monetario estable y el funcionamiento parcial y provisional del mercado deben situarse en el ámbito de una economía dirigida democráticamente, es decir, en un conjunto de decisiones políticas que vigilen que los mecanismos mercantiles no acentúen las desigualdades sociales, no operen transferencias en detrimento de las capas más desamparadas de la población, no mermen el sistema de protección social, que garantice a todas y todos los ciudadanos la satisfacción de sus necesidades básicas, que no degraden la situación de las mujeres, particularmente vulnerables en tanto que trabajadoras y consumidoras. Esto implica un fortalecimiento de los mecanismos de democracia socialista, del control público de todos los engranes de la vida económica y social.

Sin un poder político ejercido realmente por las y los trabajadores, el fortalecimiento, incluso parcial, de criterios mercantiles, lejos de favorecer la transparencia y la democratización, acentúa la burocratización y la corrupción del aparato estatal, y el riesgo de expropiación política del proletariado por castas privilegiadas.

Todos esos problemas no podrán ser resueltos mediante esquemas prestablecidos y fórmulas simplistas. Los socialistas revolucionarios los abordan con un ánimo abierto y no dogmático, sabiendo aprender de las experiencias prácticas, ajustando progresivamente sus posiciones en función de ellas, en comunicación constante con otras corrientes progresistas y con los sectores más combativos de las masas.

La construcción del socialismo es una obra de largo plazo. Constituye un verdadero laboratorio histórico en el que no puede haber vía real ni infalibilidad papal alguna capaz de guiar la historia. En ello será inevitable cometer errores.



El poder de las masas para repararlos, gracias a la democracia socialista más amplia y a la determinación de los revolucionarios por conformar estrictamente su práctica a sus principios, son la principal garantía de que esos errores serán corregidos rápidamente para que no entraben el progreso.

6. Trabajo asalariado, trabajo enajenado

La burguesía suele jactarse, sobre todo en los países imperialistas, de haber "integrado" a los asalariados como consumidores a la vez que como ciudadanos. Hay que tratar esta constatación con pinzas, aun si en parte es cierta. La prolongada supresión de las libertades democráticas en los países bajo dominio burocrático y la incapacidad de la burocracia para satisfacer las necesidades de las masas en lo que se refiere a bienes de consumo de calidad ha llevado agua al molino de la propaganda burguesa en ese sentido.

Sin embargo, a la luz de la experiencia de las últimas décadas, parece incontestable que el capitalismo, incluso el más rico y "esplendoroso", es incapaz de integrar a las y los trabajadores en calidad de productores. El trabajo asalariado está condenado a la enajenación. Está sujeto a los imperativos que impone el juzgar sus "resultados" por la ganancia. Eso implica que el grueso de los laborantes sigue sometido a la inseguridad del empleo, de la existencia, al desempleo periódico, si no crónico, al miedo al despido, a los azares de la enfermedad y la invalidez, a la reducción de ingresos que acompaña la jubilación.

La desigualdad social es consustancial al asalariado. El que los salarios sean altos o bajos sólo sirve al consumo corriente o futuro. No producen fortunas que permitan vivir sin trabajar. Esto sigue siendo atributo de los dueños del capital.

La enajenación, hablando de la satisfacción de las necesidades esenciales, como habitación, atención médica, acceso al conocimiento y a la cultura, proviene de ahí. La disparidad social que caracteriza al régimen capitalista se observa también ante la enfermedad y la muerte.

No obstante, el trabajo asalariado es, ante todo, alienado y alienante en tanto que actividad, es decir en tanto que labor en sí. Para poder subordinar a las y los trabajadores a los imperativos del lucro, el capital debe sujetarlos a un control social durante la producción. Debe señorear el uso de su tiempo, subordinar la organización y el ritmo del trabajo a las necesidades de la producción de la

plusvalía. Las y los productores permanecen esclavos de las máquinas y del cronómetro, no sólo en el taller sino cada vez más también en la oficina y en los servicios. Incluso cuando nuevas formas de organización remplazan el trabajo en cadena, y se implantan "círculos de calidad" y el laborío en pequeños equipos —por ahora sólo en una minoría de empresas—, las y los asalariados no controlan el proceso de producción. No determinan ni qué, ni cómo, ni para quién producen. Siguen siendo esclavos de la máquina, dominados por una jerarquía de grandes y pequeños jefes, ya sea de manera brutal, ya sea sutilmente.

La producción y las ganancias generadas siguen siendo metas en sí. El trabajo, la actividad creadora, no es un medio para realizar las facultades creativas de la persona. Es sólo un medio para ganar dinero.

¿A quién ha de extrañar, pues, que la mayor parte de las y los laborantes, enajenados por la naturaleza misma de su actividad, sean seres frustrados y alienados también en términos de la consunción, que sean consumidores en gran medida pasivos en sus actividades recreativas, que sufren la sustitución progresiva de la cultura de los signos por la de la imagen, que a menudo recurrían al alcohol, si no a la droga, para ahogar el cansancio, el aburrimiento, la falta de perspectivas y esperanza?

Una sociedad no puede agrupar mujeres y hombres libres si no está fundada en el trabajo libre y exento de alienación, es decir, en la abolición del asalariado.

La enajenación universal de hombres y mujeres aliena, especialmente, al ser humano respecto de la naturaleza, hace que viva cada vez más en un medio apartado artificialmente de ésta, y embrolla más y más, incluso en la conciencia, su retroalimentación con ella.

Asimismo, engloba una enajenación de la naturaleza humana misma, una negación del ser humano como ser social y político, que desarrolla, en prioridad, relaciones cada vez más ricas con otros seres humanos, que ya no subordina esta extensión a la acumulación irracional de un suplemento de bienes materiales cada vez menos útiles.

La desenajenación del trabajo no es un asunto de buenos deseos ni una quimera. Es el desenlace del movimiento real de oposición a toda forma de explotación y opresión que se desarrolla en el seno mismo de la sociedad existente, así sea de un modo aún fragmentario.

Los socialistas revolucionarios no abordan ese movimiento con criterios prestablecidos. No lo juzgan

por que pueda ser "recuperado" o no por el orden establecido, porque sea "gradualista" o no. Dado su carácter emancipador, tiene el potencial de atacar las raíces mismas de la sociedad burguesa (¡huelgas activas!). La tarea de los socialistas revolucionarios es darse cuenta de dicho potencial, estimularlo con su aporte y sus iniciativas prácticas, políticas y teóricas. Se esfuerzan ante todo por unificarlo progresivamente, hasta que ataque el desorden burgués en su conjunto.

II. Los obstáculos a superar

7. La crisis de credibilidad del socialismo

La resistencia de las y los explotados a los males del capitalismo, del imperialismo y de las dictaduras burocráticas no deja de manifestarse. Sin embargo, por ahora, sufre las consecuencias de la crisis general de credibilidad de la perspectiva y del proyecto socialistas, que se vienen acuñando desde hace al menos un decenio.

Esta crisis es atizada fundamentalmente por la toma de conciencia —tanto por las masas como por su vanguardia— de la debacle práctica del estalinismo y del gradualismo socialdemócrata, y del nacionalismo populista en el "Tercer Mundo". Además, conduce a que en las mentes no haya más "modelo" global "de sociedad" para sustituir al capitalismo.

Esto no únicamente pone en duda, en la conciencia de las masas, las referencias a la Revolución de Octubre sino también la esperanza, existente antes y después de 1914, de crear una sociedad no capitalista, sin clases, por la vía de la acumulación de éxitos electorales y reformas sucesivas. Por tanto, muchas luchas de masas tienden a fragmentarse. Las y los trabajadores participan en ellas en tanto que ciudadanos, cuando no como individuos, sin sentirse parte del movimiento obrero.

La crisis de credibilidad de la perspectiva socialista no es absoluta. Afecta más a los países que cuentan con un movimiento obrero tradicional de masas, en que éstas han conocido grandes decepciones durante los decenios pasados. Atañe menos a los países en donde el movimiento obrero es relativamente joven, sobre el que las derrotas del pasado pesan menos: Brasil, África del Sur, Corea del Sur. Y es menos pronunciada en el sur de Asia.

Sin embargo, sus efectos, más o menos corrosivos, existen en todos lados.

Para comprender por qué, es menester asir sus causas fundamentales.

Por un lado, desde inicios de los ochenta, la percepción de los crímenes recientes del estalinismo (represión de Solidarnosc; crímenes del régimen de Pol Pot en Camboya; invasión de Afganistán; represión de la plaza Tien An Men, etc.) En la misma época se efectuó la vergonzosa capitulación de la socialdemocracia gobernante (Francia, Estado español, Portugal, Grecia, Suecia, Finlandia, Países Bajos, Santo Domingo, Venezuela, Australia, Nueva Zelandia, etc.) a la política de austeridad y a la reducción de los salarios directos e indirectos.

En esas condiciones, el apego —aunque muy relativo— a los partidos tradicionales coincide cada vez menos con la esperanza de considerarlos como instrumentos de lucha por una sociedad socialista. Toma esencialmente la forma de una opción por el mal menor, y está sujeto, por otro lado, a fluctuaciones electorales cada vez mayores.

Sólo que las propias masas tampoco han desencadenado luchas de conjunto con una dinámica anticapitalista, durante este decenio, comparables con las de los años sesenta y setenta. No ha habido victoria revolucionaria desde 1979 en Nicaragua. Igualmente, en los países imperialistas, no ha habido ni una huelga general prolongada, ni una explosión revolucionaria desde la revolución portuguesa. Tampoco se ha visto en el Este una sola explosión de masas de conjunto contra la dictadura burocrática comparable con la explosión de Solidarnosc de 1980-81.

El escepticismo de las masas respecto de todo "modelo global de sociedad" no solamente es agrandado por la bancarrota de los aparatos estalinistas, postestalinistas y reformistas. Refleja también que toman en consideración, de manera intuitiva, el deterioro de la correlación de fuerzas en el nivel mundial a expensas del proletariado, deterioro incontestable, aunque menor de lo que pretenden los ideólogos de diversas inspiraciones. Esta percepción frena, por su parte, un compromiso socio-político de conjunto de esas mismas masas. También refleja importantes cambios estructurales tanto en el seno de la economía capitalista como entre la propia clase obrera.

8. Sociedad de consumo y ensimismamiento

La Segunda Guerra Mundial fue seguida por una expansión económica prolongada en las metrópolis; ésta cedió ventajas parciales a los países dependientes semindustrializados. Esa época se caracterizó por la extensión del consumo de bienes duraderos por las clases medias y las capas superiores del proletariado. De hecho, la vivienda, los electrodomésticos y el automóvil, a menudo comprados a crédito —es decir, mediante un inflamiento universal del endeudamiento—, en gran medida explican el "boom". La transformación de las costumbres y el comportamiento a la que conduce la "sociedad de consumo" provoca un ensimismamiento creciente de los individuos.

Hay que cuidarse de condonar en bloque esa propagación

del consumo en sectores populares. Son incontestables sus efectos liberadores, en especial para las mujeres, casi todas circunscritas todavía ayer a las tareas domésticas. La idea de que el acceso a un mínimo de comodidad es un signo de aburguesamiento es profundamente reaccionaria. Nunca los socialistas han predicado el ascetismo. El hombre y la mujer no están condenados a producir su pan con el sudor de su frente.

El eco que hacen de esta superstición ciertas corrientes ecológicas radicales no tiene más justificación. No es verdad que falten los recursos para garantizar un mínimo de comodidad a todas y todos las habitantes del planeta. Bastaría con planificar la utilización de los recursos de manera racional, suprimir toda producción de bienes dañinos, comenzando por el armamento, eliminar todos los desperdicios evitables, estimular en prioridad la búsqueda de nuevos productos compatibles con las exigencias ecológicas y de productos que sustituyan los recursos naturales raros. La idea de que hay que sacrificar de manera deliberada los intereses, por no decir la supervivencia, de las generaciones actuales, so pretexto de no poner en peligro a las futuras es inhumana.

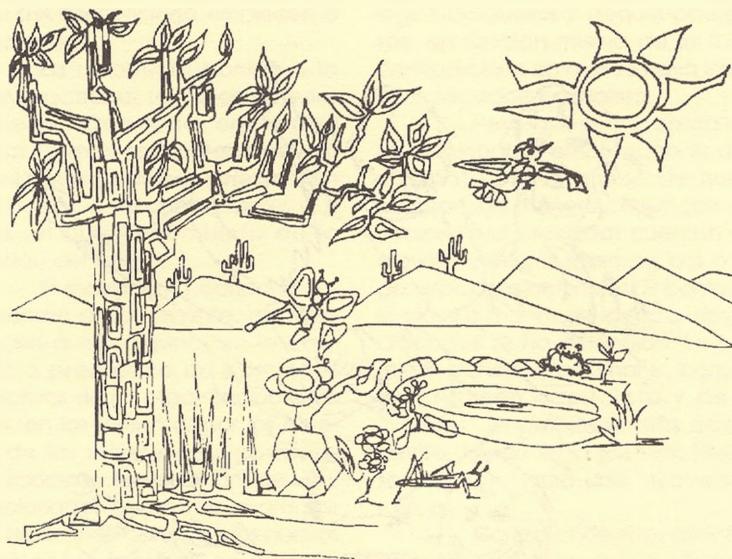
Mas los efectos positivos del aumento del consumo de ciertas capas populares han tenido como corolario fenómenos negativos que erigen nuevos obstáculos en el camino de la emancipación.

El control del capital sobre la producción de los bienes de consumo duraderos conduce a un incremento considerable del desperdicio y del empleo irracional de los recursos. El consumo individual es estimulado sistemáticamente a costa del consumo colectivo (de servicios sociales). Se deteriora continuamente la calidad de los productos para remplazarlos cada vez más a menudo. Se instigan "necesidades" artificiales. La ostentación de esos "nuevos productos" alienta un frenesí de consumo excesivo. La manipulación de las necesidades por la publicidad masiva revela el mito de la "libertad de consumo". El "capitalismo tardío" requiere un clima permanente de necesidades insatisfechas que genera la frustración.

Además, la creciente privatización del consumo secuestra a los individuos de las relaciones humanas elementales. El "sálvese quien pueda", fuente de desequilibrios, crisis e irracionalidad abrumantes en la producción, el empleo y los ingresos, extiende ahora sus daños a las esferas del consumo y la recreación.

Al reducir más y más la comunicación oral y la vida en común,





al privar al ser humano del afecto y la simpatía provenientes de las pequeñas y grandes colectividades en tanto que centros de vida, este ensimismamiento sume al hombre y a la mujer en la soledad y el cinismo. Constituye un serio obstáculo para la toma de conciencia socialista y en el combate por una sociedad cualitativamente mejor. Tal obstáculo no es insuperable, pero sí es real. Es menester buscar estrategias concretas para rebasarlo.

En los países del "Tercer Mundo", la aspiración a la "sociedad de consumo" se ha manifestado sobre todo en el medio urbano, y no tanto en función de un aumento del ingreso —a excepción de una pequeña minoría de la población— como en función de la propagación del "modelo de consumo" de las metrópolis a través de los medios de comunicación (como radio y televisión). En el campo, esta tendencia se ha generalizado bastante menos.

9. La declinación de las "contra-culturas"

El resultado más nefasto de la tendencia al ensimismamiento y de la concomitante declinación de las formas colectivas de pensar y actuar ha sido la declinación de la "contra-cultura" obrera en los países industrializados.

La ideología dominante de toda sociedad de clases es la ideología de la clase dominante. Es ilusorio esperar que el proletariado, privado de recursos materiales suficientes, pueda suplantarla dentro de la sociedad burguesa. Pero la llamada "ideología dominante" no equivale en nada a decir "ideología única". En el seno del mundo capitalista coexisten la ideología burguesa hegemónica, la ideología de las anti-

guas clases dominantes y la "contra-cultura" obrera más o menos inspirada en valores socialistas.

Su difusión varía con la época y el país. Sin embargo, durante la expansión del movimiento obrero organizado, desde los noventa del siglo pasado hasta los cincuenta del presente, esta "contra-cultura" era hegemónica entre las y los asalariados de muchos países imperialistas y de varios más. Estaba fundada en valores de solidaridad y cooperación. Influía, inspiraba y daba perspectivas y esperanzas a decenas de millones de seres humanos. Determinaba, en gran medida, su comportamiento cotidiano.

Se había instituido en redes que agrupaban a niñas y niños, jóvenes, gente adulta y vieja durante casi todas sus vidas en organizaciones de pioneros y juventud; partidos políticos; casas del pueblo; sociedades deportivas; diversos centros de asistencia mutua; asociaciones de jubilados(as); organizaciones feministas; bandas musicales y círculos de teatro. El sindicato de masas era la más importante de esas organizaciones. Aunque esa potente red no determinaba automáticamente una toma de conciencia política y un comportamiento electoral de clase, sí los alentaba.

Con la abstracción de los individuos instigada por la "sociedad de consumo", esa red comenzó a ser desmantelada. El movimiento sindical es el que se ha visto menos afectado. Sin embargo, las otras organizaciones han sufrido una dramática pérdida de influencia.

Su expresión más clara es el ocaso de la prensa obrera. Antes, los diarios socialistas y comunistas se difundían por millones. Ahora, los partidos socialdemócratas más fuertes —como el SPD alemán, el PS austriaco, el Partido Laborista británico, el

PS francés y el del Estado español— no cuentan ni con un solo cotidiano.

Las repercusiones electorales del declive de la contra-cultura obrera no son inmediatas. Este declive puede incluso coincidir durante cierto tiempo con un nuevo aumento de votos en favor de los partidos obreros tradicionales, sobre todo al ser vistos como el "mal menor". Pero vuelve, a sectores de la clase obrera, más permeables a motivaciones inspiradas en ideas reaccionarias. La recuperación de influencia de las ideologías de las formaciones de extrema derecha en porciones minoritarias aunque no despreciables de la clase obrera dan fe de esto; este fenómeno resulta más grave en la medida en que las direcciones obreras tradicionales realizan concesiones escandalosas con fines puramente electorales en el corto plazo.

En los países del "Tercer Mundo", la cohesión interna de las comunidades, de los pueblos —aun socavada por el sistema de castas, como en la India, o por contrastes sociales crecientes—, ha ejercido un contrapeso serio al predominio total de la ideología y de los valores de la burguesía.

En la antigua URSS y en los otros países dominados por burocracias privilegiadas, el eclipse de la cultura obrera y sus valores propios tiene fuentes específicas, ante todo el descrédito terrible con que las dictaduras estalinista y postestalinista cubrieron al comunismo, al marxismo, al socialismo, que han sido identificados, equivocada pero realmente, con los males de estas dictaduras. De esto surge una crisis ideológica y moral profunda que, en una primera etapa, también corroa la tendencia de las masas a oponerse a los "valores" de la ideología burguesa.

Por la brecha así creada, penetran tendencias ideológicas reaccionarias y retrógradas: la superstición; el fundamentalismo religioso; el chovinismo; el culto a la violencia; el rechazo abierto de los derechos humanos universales; el rechazo de la igualdad entre los sexos y el desprecio hacia las mujeres; la xenofobia y, sobre todo, el racismo; el desprecio, cuando no el odio, por una parte sustancial de las y los habitantes del planeta.

No hay que identificar el carácter nefasto del declive de las "contra-culturas", fundadas en la cooperación y solidaridad colectivas, con un rechazo del derecho de los individuos al desarrollo de su propia personalidad. La contradicción no es entre "colectivismo" e "individualismo". Lo que se opone es colectivismo socioeconómico, que crea el marco material indispensable para la emancipación de todas y todos, e

individualismo burgués que no garantiza la posibilidad material de la libertad individual más que a una infima minoría de la sociedad.

10. Nueva etapa de la crisis de dirección obrera y sus raíces objetivas

La crisis de la humanidad es, en última instancia, la crisis de la dirección y de la conciencia de la clase asalariada. La IV Internacional ha proclamado lo anterior desde su fundación en su Programa de Transición. Nada de lo que ha sucedido desde 1938 niega esa constatación, por el contrario.

No obstante, la crisis de credibilidad del socialismo, prevaleciente desde hace un decenio, da una nueva magnitud a esta crisis de dirección. El debilitamiento pronunciado del control de los aparatos tradicionales sobre la clase obrera, ante todo dentro de las empresas, los sindicatos, los "nuevos movimientos sociales", lo que es innegable, no desemboca en la aparición de nuevos partidos de masas a su izquierda, salvo raras excepciones, o incluso en un fortalecimiento serio de las organizaciones revolucionarias.

El escepticismo de las masas ante un proyecto global de sociedad, distinto del capitalismo "social", tiende a fragmentar los movimientos de protesta y rebelión, reduciendo su duración y facilitando su recuperación, sobre todo electoral, por los aparatos tradicionales.

Por ello mismo, la centralización de la experiencia y la acumulación de cuadros, e incluso el mantenimiento de un cierto nivel de actividad militante, se encuentran entrabados. En una escala mundial, cientos de miles de militantes, cuadros, dirigentes ejemplares de las luchas sindicales, feministas, antimilitaristas y de solidaridad internacional han roto con los partidos comunistas y socialdemócratas. Pero en el contexto actual, muchos han venido poco a poco a dudar de las posibilidades de sustituir las organizaciones tradicionales por otras mejores. Se han alejado, optando por actividades sectoriales o puntuales, o se han retirado a la vida privada.

Esto misma de manera grave la posibilidad de construir pronto nuevas organizaciones revolucionarias fuertes. Constituye una gran pérdida para la clase en su conjunto, pues esos militantes y cuadros suelen representar tesoros de experiencia.

Hay que aclarar con más nitidez las causas objetivas y subjetivas de ese fenómeno. A partir de los años setenta, la clase obrera ha visto



cambiar gradualmente sus condiciones típicas de trabajo, organización y combate diario. Ha habido una inmensa transferencia de empleos de la industria manufacturera y minera a los servicios. En parte, se ha reducido la concentración de la mano de obra en empresas gigantes. Ha disminuido la organización del trabajo en cadena, la que facilitaba un control embrionario de los ritmos de trabajo por las delegaciones sindicales.

Un aspecto concomitante a esas transformaciones de la economía capitalista ha sido una feminización ascendente de la clase asalariada. Las crecientes posibilidades de las mujeres para obtener un ingreso independiente representan, sin duda alguna, un paso hacia su emancipación. Con todo, la mayoría de las veces, sufren un empeoramiento de sus condiciones de vida (pues ejecutan una doble jornada de trabajo), tomando en cuenta las dificultades para lograr que los hombres, y la ausencia de una red satisfactoria de instituciones sociales, tomen a su cargo una parte importante del trabajo doméstico. Esta situación las somete igualmente a las presiones de un trabajo cada vez más mecánico; ya que esto se generaliza en el sector de los servicios, donde predominan las mujeres.

Además, se ve un gran retraso en el aumento del número de mujeres en los sindicatos, lo que acentúa las dificultades que ellas encontrarán para hacer valer sus propias reivindicaciones y para desarrollar un combate por realizarlas.

Todo eso frena su involucramiento militante constante. A la vez, una nueva etapa de la burocratización de los aparatos tradicionales se ha acompañado de un reforzamiento de sus lazos con los aparatos estatales o paraestatales. En ocasiones, estos últimos se han convertido en la base principal de los partidos obreros tradicionales, en detrimento de los lazos de aquéllos con los trabajadores mismos.

En consecuencia, importantes sectores de la clase obrera se identifican cada vez menos con el movimiento obrero organizado, y éste sufre una crisis interna.

Los y las trabajadoras confrontan nuevas condiciones a las que no han podido reaccionar de manera rápida ni espontánea. Se han encontrado a la defensiva ante la embestida patronal, mientras que sus organizaciones tradicionales, en gran medida, han capitulado.

Esto ha engendrado desorientación y desasosiego. La respuesta requerirá tiempo y éxitos, al menos

parciales, para que los efectos subjetivos del desconcierto empiecen a ser superados.

La respuesta obrera a la ofensiva patronal se esboza paulatinamente. Con todo, encuentra incluso formas radicales nuevas, como la huelga activa, la extensión de la acción a los consumidores y, a veces, el cuestionamiento de la autoridad del Estado.

El movimiento obrero se recompondrá gradualmente, apoyándose, sin duda alguna, en la confluencia progresiva de porciones combativas de las organizaciones de masas, en las militantes por los derechos de las mujeres, en las capas más lúcidas de la juventud y de las y los asalariados que están ahora por fuera de él, y de partes de los nuevos movimientos sociales en vías de radicalización.

Lo esencial para los socialistas revolucionarios es rebasar la fase en la que esas experiencias son puntuales y fragmentarias, reintegrar en la respuesta obrera las actitudes y los valores de solidaridad generalizada entre diferentes ramas y oficios, extendiéndola a las víctimas más desafortunadas de la austeridad: inmigrantes, mujeres, jóvenes, desempleada(o)s, jubilada(o)s. Esto plantea la necesidad de una reorganización de las estructuras permanentes y de nuevas redes para la lucha.

Pero la enconada crisis de la dirección obrera se basa también en una nueva etapa de la dialéctica de las conquistas parciales. Es indiscutible que, durante la expansión de la postguerra, el nivel de vida de la clase obrera metropolitana y de sectores más reducidos en los países semindustrializados ha mejorado. Ante esto, se ha acentuado un reflejo, el de conservar los avances, más que buscar su progresión. Aún tiene que pasar cierto tiempo antes de que la depresión degrade el nivel de vida a un punto tal que ese reflejo deje de operar por completo, o casi por completo.

Finalmente, la posibilidad de numerosos "ex combatientes" de 1968 para colocarse con éxito en la sociedad burguesa —posibilidad menguada considerablemente en los noventa— ha privado a la clase obrera de apoyo y a las organizaciones revolucionarias de cuadros y militantes, debilitando a ambas.

Sin embargo, no hay que despreciar los importantes factores que actúan en sentido inverso y que, a la larga, favorecen la solución de la crisis de conciencia y dirección revolucionaria del proletariado.

Los revolucionarios siempre han sido una minoría dentro de la clase asalariada, la que siempre ha

sufrido una fuerte influencia de ideologías burguesas y pequeñoburguesas, en función misma de la forma contradictoria en que se haya inserta en la sociedad capitalista.

Pero ahora, los socialistas revolucionarios emprenden el difícil combate por formular, de nueva cuenta y de manera convincente, la perspectiva socialista; cuentan con algunas ventajas sobre las dos o tres generaciones anteriores. El control de la clase a manos de los aparatos tradicionales se ha distendido. La naturaleza dañina e inhumana, bárbara, del régimen capitalista y de sus "valores" es percibida más ampliamente. Importantes sectores jóvenes se orientan hacia una "subversión" radical.

Corresponde a los socialistas apoyarse en esta nueva situación para iniciar un combate vital por el futuro género humano, a saber, tornar de nuevo al proletariado en la punta de lanza de la lucha anticapitalista. Nada garantiza su triunfo. Será largo y difícil, pero es posible. Es hoy, más que nunca, necesario.

III. Objetivo: emancipación generalizada

11. La meta global

La solución radical de la crisis mundial pasa por el cuestionamiento de la economía mercantil generalizada, la propiedad privada de los medios de producción y de intercambio de la producción orientada a la ganancia, la soberanía de los Estados nacionales y el control burocrático de los sistemas de protección social. Se inscribe en la perspectiva de una federación socialista, democrática, plurista y autogestionaria mundial.

El potencial que guarda la inteligencia y la generosidad humanas podrá florecer en un régimen realmente socialista y democrático, en donde la ciencia y la tecnología estarán al servicio de los hombres y las mujeres, y se someterán a un control público y crítico. La cultura y la educación superior, por primera vez, abrirán sus puertas a todas y todos. De esto puede resultar un despegue de la creación cultural, la liberación de un enorme yacimiento de energías aún inexploradas. El desarrollo científico podrá contribuir a desembocar al ser humano del trabajo precario, reiterativo, mecánico, monótono, y devastador tanto física como sicológicamente. Pero exigirá una aplicación creadora, humanista, es decir, inconcebible sin un comportamiento colectivo responsable de productores libremente asociados(as) y sin una autogestión planificada generalizada.

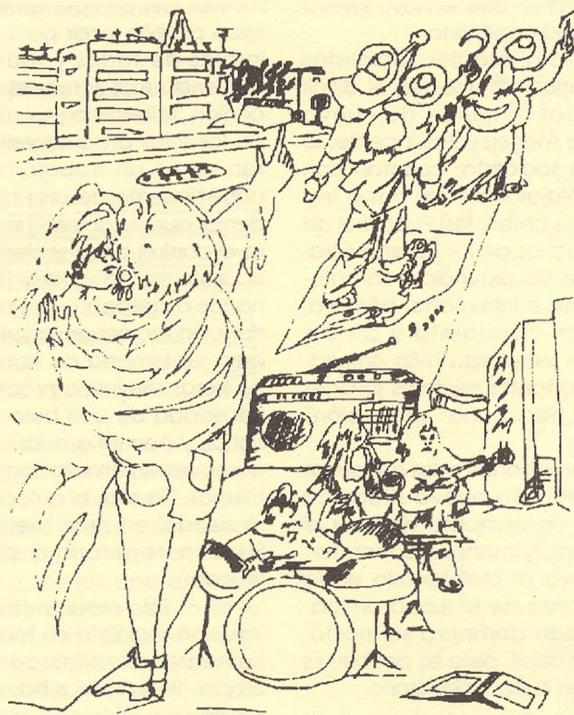
La gestación de nuevos móviles del comportamiento económico podrán surgir poco a poco del interés de todas y todos por ir reduciendo más y más el trabajo mecánico, reiterativo — que la mayoría de las y los productores experimentan como un trabajo forzado —. El advenimiento de una nueva ciudadanía, que establezca por vez primera el control de la sociedad sobre un aparato estatal y administrativo destinados a desaparecer, exige una reducción radical de la jornada de trabajo. La jornada de trabajo de cuatro horas eliminaría prácticamente la necesidad de una burocracia profesional, y permitiría a las y los trabajadores administrar la sociedad por sí mismas. Sin ello, la autogestión seguirá siendo, en gran medida, ficticia. Su eco repercutirá por todo el mundo.

Esta medida piloto de la revolución socialista en todo país relativamente industrializado no es una utopía. Tiene sólidas bases objetivas y subjetivas.

Fuentes conservadoras calculan que al menos 50% del potencial productivo mundial está inutilizado u orientado a fines destructivos (armamentos) y nocivos. Al usar de manera racional los recursos ya existentes, atribuyéndolos a objetivos productivos y útiles, y al respetar los imperativos ecológicos, sería posible avanzar hacia la abolición de la miseria y el subdesarrollo en el "Tercer Mundo", sin reducir el nivel de vida de los trabajadores de ningún país, más bien aumentándolo por doquier.

Grupos minoritarios pero significativos ya ponen en duda hoy la "ética del trabajo" y la acumulación de bienes materiales como meta suprema de la vida social. Para millones de trabajadores, laborar menos para vivir de otro modo es más importante que trabajar más para consumir cada vez más. Para millones de mujeres y hombres que toman conciencia de los peligros ecológicos, la calidad de la vida, la protección del medio ambiente, el respeto de la naturaleza a la que pertenecemos y la conquista de la dignidad humana son más importantes que la acumulación ilimitada de bienes materiales.

Nuestro objetivo global es lograr la emancipación íntegra de las mujeres y los hombres respecto de toda forma de explotación, opresión, enajenación y segregación que pesan sobre ellas y ellos. El socialismo, para ser tal, debe ser pluralista, pluripartidista, autogestionario, liberador del asalariado, ecologista, feminista,



internacionalista, pacifista, pluricultural.

Esto requiere, en especial, efectuar todas las exigencias de la democracia socialista más amplia y elegir y cambiar gobiernos, obedeciendo decisiones verdaderamente libres —lo que implica la diversidad de opciones— mediante sufragio universal.

12. Sólo el proletariado puede construir una sociedad sin clases

Las personas asalariadas, es decir todas las que están obligadas, desde el punto de vista económico, a vender su fuerza de trabajo, representan la única fuerza social capaz de paralizar y derrocar a la sociedad capitalista y de construir una sociedad fundada en la cooperación y la solidaridad de la gran mayoría de la población. Es por ello que la clase trabajadora, definida así, constituye la columna vertebral de la unión de todas y todos los explotados y oprimidos en la lucha por el socialismo.

Es cierto que, en los países industrializados, desde hace mucho tiempo, la proporción de asalariados en la gran industria manufacturera y en las minas decrece en relación con quienes trabajan en los servicios.

Con todo, no hay que exagerar las consecuencias de estas transformaciones objetivas ni sus

efectos subjetivos entre la gente trabajadora. Aunque se han debilitado los bastiones obreros tradicionales en la industria automotriz, siderúrgica y mecánica, aún no desaparecen. A pesar de que los empleos se han desplazado de manera masiva a los servicios, muchos representan en realidad sectores industriales (transportes y telecomunicaciones) y, además, han engendrado nuevas concentraciones grandes de asalariados. La industrialización y la mecanización del trabajo han penetrado sectores antes menos combativos, como la función pública y los bancos, de manera que ahora están en posición de paralizar la economía capitalista de un modo aún más eficaz que los bastiones obreros en el pasado.

La fuerza del proletariado mundial, más numeroso y capacitado que nunca, suma más de mil millones de seres humanos. La tendencia dominante en el mundo es hacia la expansión y no hacia la contracción del trabajo asalariado, incluso en los países más desarrollados.

Por supuesto, este crecimiento no es homogéneo en todos los países, regiones, sectores ni ramas industriales. El incremento en un país o sector se acompaña de un declive relativo en otro. Pero el resultado neto de esos cambios tiende al aumento y no a la disminución de la clase de los asalariados.

Para ayudar al proletariado a adquirir gradualmente la experien-

cia y conciencia necesarias para llevar a cabo un combate anticapitalista a la hora decisiva de las crisis prerrevolucionarias y revolucionarias, el método general sigue siendo el del programa de transición: partir de las preocupaciones inmediatas de las masas para conducirlas, mediante su propia experiencia de lucha, a orientarse hacia el derrocamiento del capitalismo. Implica, hoy en día, reivindicaciones como, en especial, el control de la producción por las y los obreros o empleados, la supresión total del presupuesto militar, la apropiación colectiva de la banca y las grandes empresas, un impuesto sobre las grandes fortunas. Asimismo, la política del frente único obrero sigue siendo válida, en especial para responder a los ataques contra las libertades democráticas, al auge de la extrema derecha, etc.

La heterogeneidad del proletariado existe desde los orígenes del trabajo asalariado. Se acompaña de divisiones que resultan de la segmentación del mercado de trabajo. El desarrollo desigual y combinado de las fuerzas productivas y los designios de la burguesía y sus Estados se han conjugado para mantenerla y reforzarla. Expresa, en distintos niveles, las diversas condiciones e ingresos entre trabajadores de diferentes orígenes étnicos y "raciales", entre viejos y jóvenes, mujeres y hombres, empleados y desempleados, "nacionales" e inmigrantes, capacitados y no capacitados, manuales e intelectuales, a lo largo y ancho del planeta.

La crisis tiende a agudizar las diferencias y desigualdades. La explosión del desempleo juvenil en numerosos países genera una capa social que nunca ha trabajado y se marginó. Junto con las y los trabajadores inmigrantes, las mujeres expulsadas del mercado de trabajo y todas y todos los desfavorecidos, constituye una capa subproletaria apartada de las tradiciones de solidaridad obrera.

El bosquejo de lo que se da a llamar una sociedad dual, o aún con más niveles en los países industrializados, que incluye una fracción del proletariado reducida a condiciones precarias de existencia, semejantes a las del siglo XIX en las metrópolis y a las actuales en el "Tercer Mundo", corresponde asimismo a un proyecto deliberado del capital por debilitar duraderamente al movimiento obrero. Oponerle la exigencia de una reabsorción del desempleo, mediante la reducción radical del tiempo de trabajo sin reducir los salarios ni acelerar las cadencias, es, por lo mismo, una tarea central del movimiento obrero.

Sin embargo, la internacionalización de las fuerzas productivas,

el advenimiento de las sociedades multinacionales, la tercera revolución tecnológica, influyen, en el largo plazo, para que las reivindicaciones, los enlaces de las luchas y de la organización de todos los países tiendan a converger también en el largo plazo.

El proletariado incluye a la masa de asalariados agrícolas, que son varias centenas de millones de personas en el mundo. Su peso social ha decaído en comparación con la población activa global, aunque sigue aumentando en números absolutos en países como la India, Indonesia, Brasil, Egipto, Pakistán o México.

Por otro lado, una frontera borrosa separa y une a la vez al proletariado de las ciudades y al semiproletariado del campo (campesinos independientes que disponen de demasiada poca tierra para poder subsistir todo el año y se ven obligados a abandonarse al trabajo asalariado temporal), así como a los campesinos pobres. El potencial de movilización de esas clases y capas sociales ya se ha expresado en movimientos impetuosos de ocupaciones, a veces con explotación productiva, de tierras. Formarán parte integrante de la revolución socialista en los países en cuestión.

Igualmente, la gran masa de semiproletarios marginados de las ciudades del "Tercer Mundo" representa una de las fuerzas más explosivas contra el orden social. Pero también puede servir de clientela o elemento de maniobra a fuerzas populistas reaccionarias. Con todo, por poco que las organizaciones obreras

se yergan como defensores sistemáticos de esos desheredados, asuman sus intereses, estimulen y ayuden su organización autónoma, el combate por la "reforma urbana" podrá convertirse, junto con la lucha por la reforma agraria, en una de las fuerzas motrices de la revolución permanente en los países subdesarrollados.

En varios países capitalistas claves, en especial Estados Unidos, la India, México, Argentina, Egipto e Irán, el proletariado aún no ha conquistado su independencia política de clase. Sigue, en su gran mayoría, en las filas políticas de las fuerzas populistas, cuando no burguesas tradicionales. En esos países, la lucha por conquistar dicha independencia sigue siendo la tarea primordial.

13. El proletariado, sus aliados y los "nuevos movimientos sociales"

Los campesinos de los países del "Tercer Mundo" que, a pesar de su reducción numérica gradual, siguen siendo más de mil millones, constituyen el aliado más importante del proletariado en su lucha contra el reino del capital. Junto con parte de la población marginada de las ciudades y una fracción de la pequeña burguesía, siguen siendo susceptibles de movilizarse por demandas antiparlamentarias, parte integrante, si no prioritaria, de las tareas de emancipación en esos países.

En las últimas décadas, se han desarrollado movimientos socia-

les —como el feminista, ecologista, pacifista, antirracista, de liberación homosexual— al margen y a veces en contradicción con el movimiento obrero. Esos movimientos responden a contradicciones nuevas o agravadas por la crisis, tanto en las sociedades capitalistas como en las de mando burocrático. Expresan una toma de conciencia más vasta de las múltiples facetas de la opresión. Han logrado poner en lucha a sectores populares muy amplios.

La clase obrera y el movimiento obrero organizado deben asumir plenamente esta lucha. Si hasta ahora no lo han hecho, y si, por ello, esos movimientos han ocupado el terreno en gran medida de manera autónoma, es por culpa de las direcciones tradicionales del movimiento obrero y, en menor medida, por la debilidad y el retraso de la intervención en ese sentido de la izquierda revolucionaria.

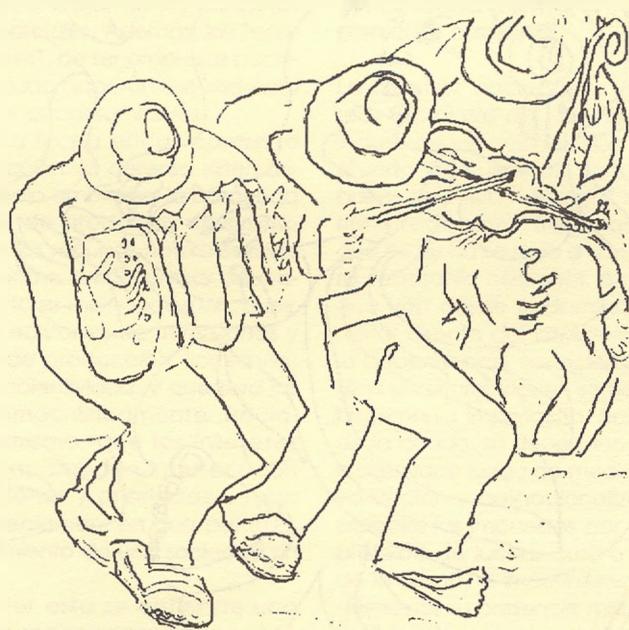
El proletariado, aliado al campesinado pobre, es la única fuerza capaz de tender las bases de una sociedad nueva, basada en la libertad y la solidaridad universales. Ahora bien, mientras que la burguesía está mejor organizada en el nivel internacional que durante el siglo pasado, ya no existe una internacional obrera de masas. Este aspecto de la crisis de dirección política proletaria podrá ser superada gracias a la aparición de nuevas generaciones militantes, a la asimilación de las experiencias de ayer, a la acumulación de nuevas victorias susceptibles de renovar su confianza, al restablecimiento de un diálogo interrumpido durante demasiado tiempo entre las clases obreras de los países capitalistas y de las sociedades del Este, a una reorganización profunda del movimiento de masas y de su vanguardia política.

14. La lucha contra la opresión de las mujeres

El movimiento feminista responde a la más antigua de las opresiones que conoce la humanidad y defiende los intereses de más de la mitad de los seres humanos. Constituye un aspecto esencial de toda lucha por la emancipación de la humanidad.

Las mujeres constituyen 53 % de la población mundial. Contando tanto el trabajo doméstico como el remunerado, efectúan la mayor parte de horas de trabajo en todo el planeta. Por el contrario, cuando se paga, el trabajo femenino se retribuye mucho menos que el masculino.

En general, las mujeres están excluidas de las responsabilidades de poder de decisión. Se les mantiene en una posición subordi-



nada. Ni siquiera controlan su propia situación. La responsabilidad de atender a las y los niños, garantizando la continuidad del género humano, recae en las mujeres. Lo hacen sin los medios ni la infraestructura necesarias y, la mayoría de las veces, sin participación sustancial de los hombres. Esta situación las lleva a una posición económica y social muy vulnerable, sujetas a degradaciones, peligros para su salud, violencia y agresiones sexistas.

Aunque su condición varía de un país a otro —y que un progreso significativo se ha efectuado en el nivel de la contracepción y del derecho al aborto, combinado con un aumento del empleo asalariado en los países desarrollados—, las mujeres siguen siendo víctimas de una super-explotación económica y de una subordinación social y política en el mundo entero. Son las primeras en ser afectadas por cualquier desastre: sequía, miseria, guerra, medidas de austeridad económica, depresión, desempleo. Constituyen el sector más vulnerable de las masas laboriosas. Con los niños, representan 85 % de las actuales decenas de millones de refugiados que hay en el planeta.

La lucha contra la opresión de las mujeres es, pues, un aspecto fundamental de la lucha por la emancipación social en su conjunto. No se trata solamente de una cuestión democrática o de derechos civiles, por importantes que sean esos asuntos. La abolición de la opresión de las mujeres es necesaria para toda lucha victoriosa por una sociedad mejor.

Implica el derecho absoluto de las mujeres a controlar sus cuerpos, el libre acceso a los medios contraceptivos, el aborto libre, la igualdad total en el trabajo así como en la capacitación profesional y en materia de remuneración, la libertad sexual, la posibilidad de vivir sin abusos sexistas ni violencias sexuales y sexistas, la abolición de la responsabilidad exclusiva de las mujeres por el trabajo doméstico, los derechos a un apoyo material adecuado para el nacimiento y la manutención de los hijos.

Apoyamos e impulsamos sin restricciones la lucha y autorganización de las mujeres por acabar con su subordinación. Reconocemos sin reservas el derecho de las mujeres a tomar en sus manos su propio destino. Esta batalla forma parte de la lucha por el socialismo. No hay liberación de las mujeres sin socialismo, es decir sin abolición de la propiedad privada a la vez capitalista que patriarcal. No hay socialismo verdadero sin liberación de las mujeres, mientras que una mitad de la humanidad oprima a la otra, ninguna de ambas

puede ser libre. Las y los revolucionarios luchan porque las mujeres encuentren su lugar en todas las organizaciones sociales, incluidas las suas propias, las del movimiento obrero y todas las organizaciones políticas y sindicales.

15. La lucha por los derechos de las y los homosexuales

En distintas regiones del globo, los homosexuales, mujeres y hombres, se han organizado de manera autónoma en defensa de sus derechos, contra la violencia del Estado y de la calle, contra la represión ideológica, en respuesta a la hegemonía impuesta de las prácticas heterosexistas.

Más allá de su significado democrático, la dinámica de la lucha por la liberación de gays y lesbianas puede rebasar el marco de la igualdad sexual. Constituye un desafío a los prejuicios más enraizados. Contribuye al combate contra todo tipo de divisiones entre los trabajadores. Puede representar un desafío a la familia patriarcal y a la división sexual del trabajo, que son los pilares de la opresión de las mujeres y un elemento de control social, tanto en los países capitalistas industrializados como en los dependientes o en las sociedades bajo dominio burocrático.

El socialismo debe tener como objetivo expreso la liberación de todos los seres humanos de la represión sexual que deforma su desarrollo individual. He ahí por qué las y los socialistas revolucionarios participan en las luchas de lesbianas y gays, y por qué todas y todos deberían apoyar sus reivindicaciones por una protección legal íntegra contra toda discriminación fundada en la orientación sexual.

16. Sin socialismo, no hay lucha eficaz por salvaguardar el medio ambiente

Marx y Engels percibieron la tendencia de la economía capitalista a destruir la naturaleza. Hacia el final de su vida, Engels esbozaba una visión clara del alto precio que la humanidad podría llegar a pagar por dominar mecánicamente las fuerzas naturales. Con todo, esos gérmenes de conciencia prácticamente no fueron desarrollados por el movimiento obrero organizado ni por los teóricos marxistas posteriores. Por el contrario, éstos, e incluso su Ala revolucionaria, se dejaron arrastrar por una concepción del socialismo que soslayaba toda inclusión de los costos ecológicos de su modelo económico.



Los socialistas de hoy tienen pues una verdadera deuda con los ecologistas contemporáneos, incluidos los llamados partidos verdes, que asumieron y ampliaron la conciencia ecologista de los socialistas del siglo XIX. La revisión de la doctrina socialista en ese sentido es una labor indispensable de autocritica y responsabilidad.

Con todo, es igualmente indispensable subrayar la nueva deriva gradualista y reformista de los partidos verdes, que proviene —como la de los socialdemócratas y los comunistas estalinistas y postestalinistas de las metrópolis— de su cambio de orientación en favor del realismo político y de su participación en la administración cotidiana del Estado burgués y de la economía capitalista. Esta deriva los torna más y más incapaces para mantenerse fieles a su credo ecologista inicial. A su vez, los hace más impotentes para comprender que, sin derrocar al reino del capital, ninguna lucha eficaz de conjunto contra los peligros que acechan al medio ambiente es posible.

En una sociedad fundada en la búsqueda de la ganancia y del enriquecimiento privados, dominada por la competencia, el egoísmo y la búsqueda de la "eficacia" económica obtusa, los recursos son utilizados sin atender a sus consecuencias en el largo plazo y, aún menos, a sus repercusiones sobre la naturaleza. Siempre habrá empresarios que sacarán la vuelta a todo dispositivo legal de inspiración ecológica, buscando acrecentar sus ganancias privadas.

Cualquier legislación que busque reducir las repercusiones ambientales de la producción normal "tasando a los contaminadores" sólo tendrá, en el mejor de los casos, resultados parciales. Además, los "contaminadores", de ser empresas poderosas, sin duda pagarán ese impuesto a costa de los consumidores.

La lucha eficaz contra la contaminación, la defensa sistemática del medio ambiente, la búsqueda constante de productos de sustitución para los recursos naturales raros —orientándose a economizar de manera estricta su uso— reclaman, pues, que las decisiones de inversiones y técnicas de producción correspondan a la colectividad, y que ésta las opere democráticamente. Reclaman, asimismo, que los intereses privados no puedan interferir con esas opciones y prioridades. Tales factores reclaman, en una palabra, el advenimiento de una sociedad sin clases.

Por esto se entiende una verdadera sociedad socialista regida democráticamente y no la simple supresión de la propiedad privada de

los grandes medios de producción y distribución y aún menos una sociedad postcapitalista bajo el dominio de la burocracia. La experiencia de la antigua URSS y de otros países con una estructura análoga demuestra de manera trágica que la prepotencia, la arbitrariedad, la incuria y la irresponsabilidad burocráticas pueden engendrar catástrofes ecológicas comparables a las causadas por el capitalismo.

La explosión demográfica en el "Tercer Mundo" es considerada por algunos como una de las principales causas de los peligros que acechan al medio ambiente. Ese razonamiento, fundado en extrapolaciones apresuradas, debe ser tomado con pinzas.

En realidad, la explosión demográfica no es ni fatalmente duradera, ni debida a un supuesto determinismo étnico "racial", y ni siquiera "cultural". De hecho, está en función de la miseria, así como de la ausencia de una infraestructura adecuada de protección social. La progenie remplaza esta infraestructura. Asimismo, está en función de la opresión de las mujeres, de los embarazos que se le imponen, de su falta de alfabetización, de la insuficiente educación en términos de planificación familiar, de su acceso limitado a los medios anticonceptivos.

El sector fundamentalista de la Iglesia, sobre todo el Vaticano, aunque no sólo él, cargan con una gran responsabilidad al respecto.

No habrá control racional del crecimiento demográfico sin socialismo, y sin un progreso decisivo hacia la liberación de las mujeres.

17. La lucha contra la opresión nacional

La cuestión nacional es una de las más explosivas del mundo. Más allá incluso de las colonias aún existentes (Puerto Rico, Antillas, Kanaky...), los países del "Tercer Mundo" han experimentado una "descolonización" que no les ha llevado a una verdadera soberanía nacional. Bajo formas que van desde el dominio político-militar directo del imperialismo hasta la dependencia financiera, tecnológica o cultural, siguen sometidos a la hegemonía imperialista. Bajo el peso de la deuda, su dependencia tiende a agravarse luego de medidas de privatización y desnacionalización, en especial las impuestas por el FMI. So pretexto de luchar contra el tráfico de la droga, el imperialismo vuelve a desplegar su presencia militar directa en América Latina y podrá realizarlo en el futuro en otras partes del mundo. El control de las multinacionales y

los Estados imperialistas sobre los medios de comunicación audiovisuales, la producción de programas y su difusión vía satélite, es un medio suplementario de manipulación cultural.

Por otra parte, la delimitación colonial o neocolonial de los Estados del "Tercer Mundo" y la manera en que se gestaron sus clases dirigentes, tanto nacionales como las establecidas por el imperialismo, han procreado naciones atomizadas con minorías nacionales o étnicas oprimidas.

En las propias metrópolis imperialistas, donde la formación de los Estados nación tomó dos siglos si no más, subsisten nacionalidades oprimidas (indios, negros, latinos, y otros en Estados Unidos; quebecúas, irlandeses, pueblos ibéricos oprimidos, etc.) En ciertos casos, esta opresión alimenta poderosos movimientos de masas por su liberación nacional. Los intentos por resolver esos problemas mediante la combinación de represión brutal y reformas políticas limitadas se han topado con la resistencia de los pueblos en cuestión. La idea que afirma que estos asuntos serán resueltos en el ámbito renovado de la Comunidad Europea es ilusoria. Por el contrario, parece que los desequilibrios económicos, sociales y territoriales provenientes del Acta Unica suscitan un resurgimiento de las reivindicaciones nacionales no resueltas o mal resueltas.

La crisis actual en la ex URSS y en Yugoslavia se traduce también en una explosión de reivindicaciones y movimientos nacionales de masas. Estos expresan la incompatibilidad entre respeto de los derechos democráticos nacionales y dictadura burocrática y policial, cuyo chovinismo es inherente. La forma en que se ejerce ahí la opresión nacional era y es muy variada. Las aspiraciones antiburocráticas de las masas a menudo han encontrado, en las reivindicaciones nacionales, una expresión política global que conjuga los anhelos lingüísticos, culturales, económicos y ecológicos y la exigencia de la soberanía e independencia nacionales.

Las soluciones políticas concretas a la cuestión nacional no pueden definirse de manera general, sino caso por caso, con base en principios.

Los socialistas revolucionarios son, ante todo, internacionalistas. Siempre defienden los intereses comunes de las y los trabajadores de todas las nacionalidades, sin subordinarlos a intereses particulares. Combaten el racismo, la xenofobia, el chovinismo, el odio, el desprecio y la discriminación étnicos, la represión y toda violencia contra cualquier grupo nacional "racial" o étnico, sea cual sea su raíz objetiva o subjetiva.

El punto de partida de toda política internacionalista auténtica, por supuesto, debe ser la distinción radical entre el nacionalismo de los oprimidos y el de los opresores; una oposición irreconciliable a éste, y una solidaridad con las luchas de los oprimidos.

Esta actitud se traduce en la defensa incondicional del derecho a la autodeterminación de las naciones oprimidas, es decir, su derecho a la independencia o a organizarse de manera soberana en un marco federal o confederal con otras naciones, de manera libremente consentida y libremente revocable. Para ello, es indispensable que las y los trabajadores de la nación dominante manifiesten su solidaridad integral con la lucha de la nación oprimida, no sólo para fortalecer esa lucha sino también para debilitar al Estado de sus propios opresores de clase.

Con todo, hay que distinguir entre movimiento de masas en favor del derecho a la autodeterminación, que apoyamos incondicionalmente, y nacionalismo como ideología y doctrina políticas, incluso entre las nacionalidades oprimidas. En la práctica, el nacionalismo de origen burgués o pequeñoburgués siempre ha favorecido una deriva chovinista, antidemocrática para otros pueblos. La excusa se encuentra rápida: garantizar la seguridad del Estado, recientemente independiente; garantizar la unidad, homogeneidad o supervivencia de la nación; defender o recuperar sus "fronteras naturales" (históricas), etc. Las organizaciones nacionalistas de pueblos oprimidos ayer se han transformado por doquier, desde que llegaron al poder, en opresores y expansionistas en detrimento de otros pueblos, como lo muestran los ejemplos de los checos, eslovacos, serbios y croatas.

Por otro lado, toda ideología nacionalista, incluso de pueblos oprimidos, se funda en una doctrina de colaboración de clases, de solidaridad entre patronos y asalariados(as) frente al "extranjero", opuesta a la indispensable solidaridad internacional de todas y todos los trabajadores, independientemente de su "raza", nacionalidad, sexo o religión, contra todos los patrones.

Luchamos por un mundo sin fronteras, por la abolición de los privilegios de todo tipo y por la integración de todas las naciones en una democracia socialista mundial, en donde florezcan conjuntamente una cultura universal común y todas las culturas nacionales particulares. Este objetivo ambicioso exige no sólo la abolición de todos los privilegios nacionales y lingüísticos, de todas las formas de tutela ejercidas contra

toda nación, incluso la más débil, sino también una reparación de los males seculares de opresión nacional o racial mediante una "discriminación positiva" en favor de los sectores oprimidos. Entonces y sólo entonces se podrá establecer una igualdad estricta entre todas las naciones.

La lucha contra la opresión nacional se inscribe así en la perspectiva de un socialismo democrático. Se requiere que la clase obrera y el movimiento obrero se pongan a la cabeza del combate contra la opresión nacional, que no se consideren exteriores a esta causa sino que se afirmen como vanguardia de las naciones y "razas" oprimidas, manteniendo su solidaridad internacionalista con las luchas de todas y todos los trabajadores, incluidos los de la nación opresora.

18. La lucha antimilitarista

Desde los años sesenta, una oposición de masas apareció en los países imperialistas contra el rearme y las agresiones militares operadas por su propia burguesía. En los casos de Argelia y Vietnam, esta oposición jugó un papel importante para obligar al imperialismo a parar la masacre. Un potente movimiento

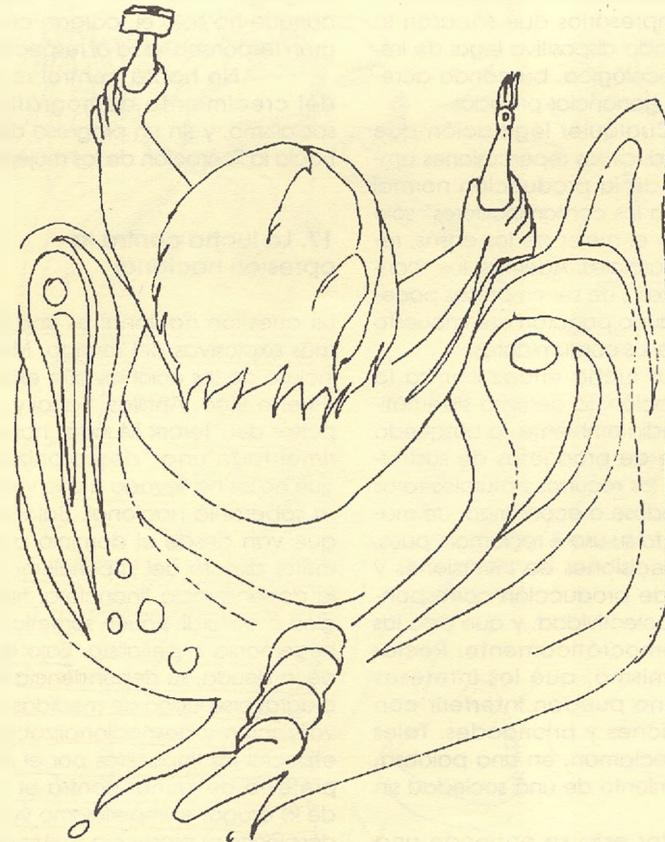
anti-misiles se desarrolló en varios países de Europa durante los años ochenta, constituyendo la más grande movilización de la juventud en esos países.

Para los socialistas revolucionarios, toda acción de masas que erija obstáculos a las agresiones o intervenciones imperialistas contra otros países constituye un fenómeno político digno de apoyo. Colaboramos lealmente con todas las corrientes que actúan en este sentido, insistiendo particularmente en el derecho a la autodeterminación de las naciones aggredidas.

Nosotros nos oponemos a todo intento imperialista, incluso bajo la égida de la ONU, por determinar la suerte de países del "Tercer Mundo" o de Europa del Este, contra el principio del derecho a la autodeterminación de toda nacionalidad.

Estados Unidos, la Europa capitalista y Japón carecen de toda legitimidad para determinar el porvenir de los países de Asia, África, América Latina, Europa Oriental o de las islas del Pacífico.

Recientemente ha emergido, entre la juventud de diversos países de Europa, al igual que de Japón, un movimiento radical de rechazo del ejército burgués, del servicio militar y del armamento en todas sus



formas. Esos movimientos atacan la raíz del Estado burgués, del cual, el aparato militar es un cimiento esencial. Cuestionan el complejo militar-industrial, otro resorte vital del Estado burgués. También merecen, pues, un apoyo total de parte de los socialistas revolucionarios.

19. Relanzar el combate internacionalista

Durante los últimos diez años, el carácter internacional de las fuerzas productivas creció aceleradamente. Las multinacionales, de las cuales menos de 700 dominan solas el mercado mundial, escapan cada vez más al control de cualquier gobierno, incluso los de las principales potencias imperialistas. Transfieren de un país a otro sus inversiones y los centros de producción, almacenamiento y distribución, en función exclusiva de la búsqueda de su ganancia máxima. La extensión internacional de las fuerzas productivas, el capital, los servicios y la división del trabajo conducen a que la lucha de clases cada vez más tenga lugar en una escala mundial.

Al crear las primeras Internacionales obreras hace más de 100 años, el movimiento de los trabajadores supo tomar la iniciativa. El conservadurismo y el chovinismo de los aparatos burocráticos condujeron a un repliegue, a la colaboración con la patronal de la "nación", dando la espalda a una estrategia internacional eficaz de respuesta a las multinacionales.

En los países imperialistas, este retroceso del internacionalismo puede tomar la forma patriota clásica: ¡Como si "los" alemanes, "los" japoneses, "los" mexicanos o "los" estadounidenses, confundiendo a los explotadores con los explotados, fueran los responsables del desempleo que "nos" afecta! En Europa puede también tomar la forma de un alineamiento en torno de la unión de las multinacionales y la patronal, la de un "eurochovinismo" de los poseedores, que no es más que una variante del nacionalismo reaccionario.

La única respuesta eficaz a la estrategia mundial de las multinacionales es la solidaridad internacional de las y los trabajadores de todos los países, contra los patrones "nacionales" al igual que extranjeros. Pasa por la coordinación de la acción sindical más allá de las fronteras, buscando oponer —a la nivelación de salarios y condiciones de trabajo entre los países tomando como patrón los niveles más bajos— la nivelación progresiva por arriba. Lejos de mermar la industrialización y la creación de empleos en el "Tercer Mundo", tal



perspectiva sustituiría el "modelo de desarrollo" fundado en la exportación de los salarios bajos por uno centrado en la eliminación de la miseria, la ampliación del mercado interior y la transferencia masiva de tecnologías de punta hacia los países subdesarrollados.

Todo el movimiento obrero debería luchar por la cancelación total e inmediata de la deuda de los países subdesarrollados y la de los de Europa del Este. Se trata de una obligación de solidaridad elemental con los más pobres y los más explotados.

El internacionalismo, hoy, es también un combate contra la división de la clase trabajadora y sus consecuencias racistas y xenófobas en el corazón mismo de las metrópolis imperialistas (sufridas sobre todo por los trabajadores inmigrantes) y contra la dinámica fascista que puede portar.

Las revoluciones no se exportan ni son producto de complotes de algún "centro subversivo internacional". El imperialismo ha impuesto e impone regímenes de explotación y dictadura, de miseria y humillación. Es contra ellos que se sublevan las masas sin que nadie las manipule.

Por el contrario, la contrarrevolución se exporta bajo el manto de

pactos y alianzas imperialistas o burocráticos. Todo combate contra el dominio del capital (desde las revoluciones rusa, finlandesa, alemana y húngara hasta la española y yugoeslava), contra el yugo colonial (desde la revolución china e indochina a las guerras de liberación africanas) o contra las tiranías neocoloniales (Cuba, Nicaragua, El Salvador) se ha topado con la intervención militar imperialista o con su opresiva amenaza.

Frente a esta agresividad imperialista, una solidaridad internacional masiva ha mostrado su eficacia en momentos importantes. El movimiento obrero sueco impidió la guerra de Suecia contra la independencia de Noruega en 1905. La revolución rusa fue salvada, en 1920, por el movimiento obrero británico, impiéndole la agresión militar de su propio imperialismo, que quería intervenir con Polonia. La solidaridad de masas frenó la intervención imperialista contra Cuba o Nicaragua, aun si no logró quebrar el bloqueo.

Con todo, el precio impuesto a Indochina y Nicaragua por la intervención contrarrevolucionaria ha sido extremadamente alto. Esta ha dejado exangües a los pueblos, destruidas las economías e incapaces de garantizar un mejoramiento rápido

del nivel de vida. La solidaridad militante en sus distintas formas para permitir la victoria más rápida y menos costosa posible, es una respuesta necesaria a la difusión internacional de la contrarrevolución.

La crisis social reviste más que nunca una dimensión mundial. No se puede aportar ninguna solución seria en el nivel nacional a las cuestiones cruciales del desarme, la energía, la destrucción de la biosfera, el hambre y las enfermedades en el "Tercer Mundo". Es posible y necesario empezar a atacar esas calamidades en todo país. Pero no se podrán eliminar realmente más que en una escala de toda la Tierra.

Gorbachov abandonó el mito reaccionario de la posibilidad de acabar la construcción del socialismo en un solo país o en un solo campo, al subrayar el hecho de que los fenómenos toman un carácter internacional. Aunque más realista, su diagnóstico no llega a las conclusiones marxistas, para las que únicamente la revolución socialista mundial, incluyendo a los principales países industrializados, puede resolver la crisis de la humanidad.

Al contrario, el acento puesto por el ex presidente de la URSS desemboca en otro mito reaccionario, a saber, que se pueden resolver todos los problemas capitales con una cooperación mayor con el imperialismo. En la medida en que ejerce presión en los movimientos de masas para que acepten compromisos con el imperialismo o de capitulación a éste, esta política contribuye de hecho a perpetuar el sistema de opresión y hace que, en el largo plazo, la marcha hacia las catástrofes sea inevitable.

20. A la conquista de la dignidad, la esperanza y la felicidad de los individuos.

De manera hipócrita, la burguesía acusa a los socialistas de querer sacrificar el "individuo" y la persecución de la "felicidad individual" por utopías y por la "presión estatal". Sin duda, la práctica de las burocracias obreras, tanto estalinistas y postestalinistas como socialdemócratas, permite alimentar esta misticación. Pero su cinismo es patente.

La sociedad burguesa, y no la "utopía socialista", es la que asfixia la libre plenitud de la persona humana para la inmensa mayoría de las y los habitantes de este planeta, no solamente en el "Tercer Mundo" sino también en los llamados países ricos. Dicha asfixia es canalizada mediante presiones materiales, desigualdad social, trabajo enajenado, consumo

teledirigido y ausencia de libertad de opción en casi todas las esferas de la vida social.

Hay que voltear contra la burguesía y sus "valores" podridos la defensa del derecho a la felicidad individual, como hay que voltear contra ella los principios universales de los derechos humanos. Los partidarios del liberalismo neoconservador, dignos sucesores, al respecto, de los ancestros de la ideología burguesa, se encuentran en una contradicción inextricable. Cada quien tiene el derecho a la felicidad individual... a menos que eso contradiga las "leyes de bronce de la economía capitalista", es decir la defensa de los intereses del capital.

Para nosotros, socialistas revolucionarios, no hay "leyes económicas inmutables" ni "obligaciones económicas de bronce" a las que nada ni nadie pueda escapar. Con el nivel de riqueza material alcanzado actualmente, el ser humano es capaz de decidir entre varias prioridades. Debe conquistar la libertad de optar en función de su derecho a la dignidad y a la felicidad individual y a la plenitud para todas y todos.

Los conservadores liberales elogian una sociedad en donde la desigualdad social se debiera a diferencias de mérito individual. De hecho, esta "meritocracia" esconde la explotación y la opresión, fuentes de la desigualdad social. Quienes tienen, se enriquecerán. Quienes empiezan sin tener nada, no poseerán nada al final. La hipocresía de la supuesta meritocracia estalla en cuanto se enuncian los "méritos" de la corrupción y del crimen en la creación y acumulación de las grandes fortunas.

A esas mentiras, oponemos la lucha por la igualdad social de oportunidades, como base de la posibilidad para cada individuo de conquistar la felicidad individual. Ninguna estructura social, ni la del despotismo del mercado, ni la de la "economía de mando", tiene derecho de imponer una supuesta felicidad a las mujeres y a los hombres a su propio pesar y contra ellos.

Además de la lucha por la supervivencia física del género humano, ésa es la principal justificación de ser socialista hoy.

El combate socialista es el combate por una sociedad en la que el libre desarrollo de todas y todos dependa del libre desarrollo de cada quien. En un mundo que se precipita hacia el desasosiego, el escepticismo, el cinismo y la desmoralización respecto de su propio futuro, la lucha por el socialismo, puesta de nuevo sobre sus rieles, es tam-

bien la lucha por el renacimiento de la esperanza y la felicidad.

21. Somos revolucionarios

Para instaurar un socialismo auténtico y democrático, no hay otra vía que la ruptura con el capitalismo y los regímenes burocráticos, su derrocamiento mediante la movilización de masas, en una palabra, la revolución.

El saldo del siglo que termina no sólo es el del fracaso del estalinismo. Es también el de la socialdemocracia, de su integración cada vez mayor en los engranes del aparato de Estado burgués, de su gestión leal y brutal de los intereses imperialistas, de su unión sagrada con sus socios burgueses. Es, pues, el del fracaso del nacionalismo burgués y pequeñoburgués en los países del "Tercer Mundo", incapaz de completar la independencia nacional y la emancipación social. El siglo XX no ha sido de progreso pacífico y gradual sino de revoluciones, guerras y contrarrevoluciones.

Las masas no son revolucionarias en todo momento. No se lanzan en empresas revolucionarias más que por necesidad, cuando su situación se hace insopportable, cuando ya no soportan lo insopportable, cuando se transforman y rompen el círculo de la sumisión y la subordinación durante una crisis revolucionaria. Esas crisis son inevitables periódicamente.

La tarea de quienes están concientes de esta realidad es ayudar a la acumulación cotidiana de experiencias y al agrupamiento y educación de los elementos más combativos, trazar objetivos de modo que una crisis revolucionaria pueda desembocar en una victoria y no en una contrarrevolución, cuyos costos serían pagados por las y los explotados y oprimidos durante largos años.

Los explotadores y gobernantes identifican revolución con violencia y terror. Invierten los papeles y las responsabilidades, mezclan los costos de la revolución con los de la contrarrevolución. Como si su orden no estuviera sembrado por una violencia diaria de miseria, hambre, trabajo forzado y guerras, infinitamente más devastador, a final de cuentas, que cualquier revolución. Como si las contrarrevoluciones y las dictaduras totalitarias (fascistas!) o semifascistas en las que a menudo desembocan no hubieran desencadenado violencias y causado pérdidas incomparables.

Los bombardeos americanos en Indochina provocaron más muertes que la revolución. En cuanto a los millones de muertos del Gulag no deben ser incluidos en las cuentas



de la Revolución de Octubre sino en las de la contrarrevolución estalinista.

Se oye decir que la era de las revoluciones está cerrada; que pertenecen a tiempos pasados; que han resultado imposibles ante la fuerza de las potencias imperialistas sobre-armadas. Sin embargo, la lucha de liberación vietnamita se realizó a pesar de una intervención americana que se valió de más medios que nunca. La revolución cubana triunfó en las barbas del coloso imperialista. La nicaragüense derrocó a Somoza en el patio trasero del mismo gendarme del mundo.

Los predicadores del "mal menor" aún dicen que vale más contentarse con el capitalismo y sus males que correr el riesgo de caer en las dictaduras burocráticas totalitarias y supuestamente irreversibles. Todavía ayer, pretendían que, en los países llamados "comunistas", el Estado tentacular había devorado y paralizado para siempre a la sociedad. No obstante, esta sociedad se despertó y resiste. Zarandea a las burocracias y destruye su yugo.

Un nuevo capítulo de la historia comenzará en cuanto los efectos positivos de la eliminación del velo estalinista aparezcan:

• En los países de Europa Oriental y en la ex URSS se van a escribir páginas inéditas del doble

combate de las masas por la democracia y contra la privatización. De esas luchas surgirá poco a poco un movimiento político de los trabajadores revitalizado, cimentado en la independencia respecto del Estado; el rechazo de todo monopolio político, la separación de todos los partidos políticos del Estado; la representación y la igualdad de las mujeres y las minorías nacionales; el ejercicio del poder por organismos electos democráticamente; el desmantelamiento de los cuerpos represivos; la autogestión.

• En los Estados imperialistas, la estrategia revolucionaria combinará la herencia de la primera mitad del siglo con la de los sesenta y setenta, desde el Mayo francés hasta la revolución portuguesa: autorganización; aspiración a la autogestión; movimiento autónomo por la emancipación de las mujeres; solidaridad internacionalista, incluso con la lucha antimperialista; lucha general por la calidad de la vida.

• En los países dependientes, las experiencias cruciales de victorias o derrotas han confirmado cuál es la alternativa real: o revolución socialista o caricatura de revolución. Esta contradicción no lleva a subestimar las tareas nacionales y democráticas, ni a una confusión entre el inicio de un proceso revolucio-

nario con su coronamiento. No sugiere que haya que ignorar el problema de las alianzas. Pero implica que es menester evitar cualquier subordinación de las masas trabajadoras a la llamada burguesía nacional.

El peligro de burocratización no es inherente a la simple organización en partido político. Echa sus raíces en la existencia del Estado en tanto que aparato profesional de poder, en las condiciones de vida y trabajo de la clase trabajadora, en los efectos de la división social del trabajo en el movimiento obrero. Los sindicatos y las diversas asociaciones no están menos expuestos a ese peligro que los partidos. Los demagogos de los medios de comunicación, aún "sin partido", no son los burócratas más inocuos.

La única manera no ya de eliminar totalmente los riesgos de burocratización sino de contrarrestarlos y reducirlos progresivamente es aplicando la democracia dentro de las organizaciones. Estas deben esforzarse por corregir y combatir las desigualdades sociales, sexuales y culturales en sus filas, en especial mediante la educación y una práctica colectiva, que eleven el nivel de conciencia, una actividad creciente y continua de los miembros, sin la cual la democracia interna se queda en el papel, y la asimilación de las lecciones de la experiencia histórica, en especial en el terreno de las garantías institucionales de la democracia obrera (derecho de tendencial).

22. Por nuevos partidos revolucionarios, por una Internacional revolucionaria de masas

La confesión oficial de los crímenes de Stalin por las autoridades soviéticas subraya el sentido del combate de la Oposición de Izquierda desde 1923 y de la IV Internacional, desde su fundación en 1938, contra la degeneración burocrática del PCUS y la Internacional Comunista. Gracias a la firmeza y al valor de quienes, en la URSS, emprendieron la lucha contra el estalinismo, gracias a la determinación de León Trotski y de quienes, con él, fundaron la IV Internacional, podemos mirar a los ojos, con la conciencia tranquila, a los proletarios de la antigua Unión Soviética, China o Europa Oriental.

La construcción simultánea de organizaciones revolucionarias en los distintos países, lo mejor enraizadas que se pueda en sus realidades nacionales, y de una Internacional revolucionaria, para nosotros, es un asunto de principios que corresponde a las condiciones objetivas y a las necesidades de la era imperialista.

Para los revolucionarios también, la existencia determina la conciencia. La solidaridad internacional, el apoyo a las luchas, los intercambios, tan necesarios y preciosos como sean, no bastan.

Es construyendo juntos una Internacional con revolucionarios de otros países y continuando juntos la elaboración de su programa como podremos ver el mundo a la vez con los ojos de la trabajadora rusa o del estudiante chino en lucha contra la burocracia, como con los del trabajador, campesino o la mujer superexplotados del "Tercer Mundo" y con los del minero británico, el obrero automotriz japonés y el técnico en electrónica estadunidense.

Unicamente así podremos estar siempre del lado del movimiento antiburocrático en Europa del Este, de parte de los oprimidos, hechos polvo por el imperialismo, junto a los trabajadores de las metrópolis imperialistas en lucha contra la patronal y su Estado; sólo así podremos mantener como única guía y brújula los intereses generales, sociales e históricos del proletariado y no los intereses particulares y diplomáticos de los Estados, "campos", "bloques", gobiernos o "partidos guía".

Aunque aún existen en el mundo organizaciones que luchan sincera y a menudo heroicamente por la abolición de la explotación en sus países —organizaciones revolucionarias nacionales, pues— por desgracia no existe, por fuera de la IV Internacional, corriente significativa alguna que ponga en el orden del día la construcción de una internacional revolucionaria hoy.

Las reticencias de otras corrientes revolucionarias para construir una organización internacional tienen causas profundas.

La bancarrota de la II Internacional, la capitulación chovinista de sus principales partidos y dirigentes desde la declaración de la Primera Guerra Mundial han alimentando la idea de que el internacionalismo no va más allá de las buenas intensiones y que se rompe en la práctica cuando los partidos de masas confrontan situaciones críticas.

Después de la muerte de Lenin, la experiencia de la Internacional Comunista, que dictaba a sus secciones nacionales desde el "centro" cambios de orientación, o incluso de dirigentes, ha suscitado una desconfianza tenaz y legítima respecto del peligro de un centralismo burocrático internacional. La experiencia,

igualmente desastrosa, de la no separación entre el partido y el Estado y de la subordinación de los "partidos hermanos" a los intereses estatales y diplomáticos de las "patrias del socialismo", fuesen soviética o china, dieron nuevas bases al deseo de independencia nacional en muchas organizaciones revolucionarias.

En fin, la fuerza económica de los Estados burocratizados influyó mucho en el movimiento obrero internacional, incluso en sus organizaciones revolucionarias cuidadosas, las que, para agenciarse su ayuda material, evitaban las confrontaciones políticas con aquéllos, aun poniendo en entredicho el imperativo de solidaridad internacionalista con los trabajadores y pueblos víctimas de la burocracia.

Sin embargo, en un mundo cada vez más interdependiente, el internacionalismo no es un simple imperativo moral sino una necesidad estratégica y táctica inmediata. La construcción de una Internacional es una tarea que no puede ser pospuesta. La IV Internacional es un instrumento irremplazable, el único existente hoy, para avanzar en esta vía, así sea modestamente.

Sabemos que la construcción de partidos revolucionarios de masas en una serie de países y de la Internacional revolucionaria de masas no avanzan necesariamente al mismo paso. Cada vez que, en un país, aparece la posibilidad de construir un partido de las y los trabajadores, independiente del Estado, la burguesía o la burocracia, y que garantice un verdadero derecho de tendencias, cada vez que existe una organización revolucionaria con la que compartimos las metas y los senderos de la lucha por derrocar el capitalismo, no tenemos ningún motivo para separarnos y cultivar particularismos de secta. Proponemos, al contrario, la unidad de los revolucionarios en la misma organización democrática en el nivel nacional, para orientarnos mejor, conjuntamente, hacia otras corrientes reformistas o populistas de izquierda y proponerles la unidad de acción en todos los niveles contra la burguesía y contra la burocracia.

Pero, mientras no podamos convencer a nuestros camaradas o interlocutores revolucionarios de la necesidad y actualidad de la lucha inmediata por la construcción de una Internacional revolucionaria de masas, fundada en un programa de defensa de los intereses de los explotados y oprimidos de todos los países,

reivindicamos nuestro derecho a seguir solos esa lucha a la luz del día.

Un acuerdo sobre el proyecto de Internacional y una práctica en ese sentido no es un requisito para la construcción de partidos nacionales comunes con otras corrientes, siempre que un acuerdo sobre las tareas y la práctica lo permita. Con todo, no hay muralla china entre las políticas nacional e internacional. En un mundo en donde la lucha de clases es más que nunca internacional, no se puede decir que ésta sea para el futuro mientras aquélla para ahora.

Nos mantenemos fieles a los principios fundamentales del Manifiesto Comunista: ningún interés particular nos separa de los intereses del conjunto del proletariado. No proclamamos principios especiales a los que quisiéramos amoldar el movimiento obrero. Sólo nos distinguimos de los otros partidos de la clase trabajadora en dos puntos: por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los trabajadores, destacamos y hacemos valer los intereses comunes a todas las personas que viven de su salario, independientemente de la nacionalidad; y, por otra, en las diferentes fases de desarrollo por las que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, siempre buscamos representar los intereses históricos del movimiento en su conjunto.

Llamamos a todas y todos los socialistas a conformar siempre su práctica cotidiana estrictamente en lo que Marx llamaba un imperativo categórico: combatir por el derrocamiento de todas las condiciones que hacen del ser humano un ser enajenado, humillado y despreciado, independientemente de las fuerzas sociales responsables de esas abominaciones. Sólo así se podrá superar la crisis de credibilidad del socialismo.

La IV Internacional llama igualmente al combate unitario contra todas las formas de explotación y opresión en el mundo: por la democracia socialista y pluralista; por una economía autogestionaria y planificada, orientada hacia la satisfacción de las necesidades mediante el control de los grandes medios de producción, distribución y comunicación por las y los productores libremente asociados; por el desarme íntegro y universal; por la emancipación de las mujeres y la igualdad entre los sexos; por la solidaridad internacional e internacionalista; por salvaguardar el planeta; por la supervivencia del género humano.

proceso productivo, más aún si se entiende que una parte de ese tercio son en realidad inmigrados del Tercer Mundo.), en el caso de nuestros países el planteamiento es a la inversa, si bien nos va. Existe una sociedad de un tercio que tiene acceso al mercado formal y dos tercios que viven en la "periferia de la producción" y, en algunos países, la proporción es aún más aterradora.

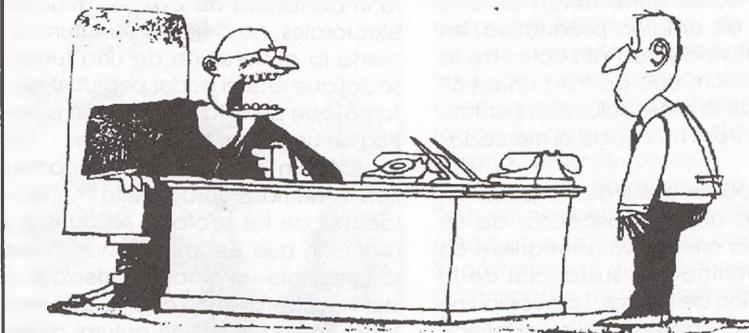
Los neoliberales nos han ofrecido el mercado como el nuevo "vellocino de oro"; pues bien, debemos tomarlo. Estamos por una socialización del mercado, es decir, porque el 100 por ciento de los habitantes de cualquier país tenga un acceso fluido al mercado. Para lograr lo anterior, se necesita resolver los problemas salariales, de empleo, de seguridad social, de educación, de tiempo libre, etc. Entendiendo que estamos bajo la órbita del capital, exigimos que las leyes del mercado operen para todos y no simplemente para una parte de la sociedad.

Para arribar a ello, es necesario levantar un programa contra la miseria y el hambre y por la reorganización productiva de nuestros países; tal programa pensamos que debe tener los siguientes parámetros:

a) "Una democracia de los productores" (término acuñado por Ernest Mandel, aunque creo que no con la misma acepción que aquí le estamos dando). En el terreno de la producción de mercancías, significaría una reconversión industrial llevada a cabo en función de los intereses nacionales y de clase. A la modernización capitalista no se le puede oponer, o los sectores democráticos no lo debemos hacer, el viejo mundo burocrático del trabajo. Es verdad que las relaciones jerárquicas dentro de las fábricas, heredadas del taylorismo, son hoy un obstáculo para la producción. Pero la flexibilidad capitalista lo único que ha permitido es el incremento de la ley de la selva en las empresas. Los círculos de calidad, tal y como funcionan, permiten el desarrollo de los peores instintos competitivos de los seres humanos. Si se requiere de una flexibilización, es decir, de un proyecto de modernización productiva, pero basada en la democratización de las relaciones laborales y en el incremento de los lazos de solidaridad entre los trabajadores. Una modernización desde abajo, que recupere mucho del saber obrero, el cual ha sufrido un proceso de expropiación por parte del capital.

En México, hemos visto varias veces cómo los trabajadores de las industrias de punta han presentando proyectos alternativos de modernización y cómo han demostrado ser mucho más eficientes que los propuestos por los patrones.

¡AUMENTO, AUMENTO! ¿QUÉ CLASE DE SENTIMIENTOS TIENE USTED QUE EN TODO UN AÑO NO HA SIDO CAPAZ DE TOMARLE CARIÑO A LO QUE GANA?



Una reconversión industrial diseñada y llevada a la práctica desde abajo, desde las células más pequeñas de la producción, implicaría la necesidad de que la producción y su destino sean discutidos por los trabajadores en su conjunto y no como se hace ahora, a sus espaldas. Significaría el fijamiento de prioridades y de metas de producción en función de un interés nacional no abstracto e invocado en los actos de los iluminados en el activismo político, sino decidido por los actores fundamentales, en donde se contemple la relación campo-ciudad de una manera diferente y en donde los criterios productivistas no choquen con la necesaria preservación del medio ambiente.

Por otro lado, se requiere de un apoyo central a la pequeña y mediana producción, en especial la agrícola y la artesanal, con varios objetivos: satisfacer la demanda interna de mercancías, hacer una utilización más racional del monto crediticio, asegurar ciertos niveles de autofinanciamiento, facilitar una relación horizontal en el terreno de los productos, etc. Este sector es clave en nuestros países y ha sido de los más afectados por la política neoliberal.

b) A la privatización oponemos una política flexible. No estamos por la vieja economía estatizada, pero tampoco por que un sector de unas cuantas familias controlen los sectores estratégicos de la nación. Para nosotros, el término correcto es el de la nacionalización de las empresas estratégicas, entendiendo nación como soberanía popular. Esas empresas deben estar puestas en usufructo del sector social directo, pero respondiendo al interés del pue-

blo en su conjunto. Estamos por el control social de los productores sobre los sectores clave de la economía y no por un puñado de burócratas ni por un puñado de millonarios.

c) La elaboración de una serie de paquetes tecnológicos adaptados a nuestra realidad y a nuestro nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. La brecha tecnológica entre el mundo imperialista y lo que antes llamábamos Tercer Mundo se ha incrementado como nunca. Algunos compañeros sueñan con que algún día sus países alcanzarán el nivel de desarrollo tecnológico de Japón o Alemania. Esa tecnología no es neutra; se dio a partir del saqueo de nuestros pueblos, del excedente social que se apropiaron en una buena parte del mundo. Efectivamente, no ha sido la ciencia la que ha permitido el desarrollo de la producción sino al revés. Nosotros no podemos aspirar a reducir esa brecha partiendo de una dependencia tecnológica o tratando de competir con ese tipo de tecnología. Y, sin embargo, por el carácter de nuestra producción, aun en países con un nivel de industrialización importante, es posible la creación de una tecnología diferente y adecuada a la pequeña y mediana producción, incluso menos contaminante. Ejemplos como los que ahora están tratando de poner en práctica los compañeros salvadoreños ilustran bastante bien esta posibilidad.

d) La readecuación de los sistemas educativos. Para lograr lo anterior, se requiere darle a la educación una connotación diferente. Primero que nada, se necesita incrementar la inversión en ella, reorientando las prioridades en función de los proyectos populares. Para esto, un paso indispensable es la necesaria,

aunque paulatina, desescolarización de la enseñanza. La única manera de ubicar la educación en un criterio popular es a partir de que ésta se desarrolle en vinculación directa con los proyectos productivos populares. Es allí, en el contacto directo, donde mejor se podrá ubicar la necesaria elaboración de una tecnología propia.

e) La generación de una política de empleo productivo, en especial vinculado al sector de la construcción, que permita un crecimiento de la masa salarial y, por tanto, un acceso más fluido al mercado.

2. Para poder desarrollar o poner en práctica algunos aspectos de un programa alternativo, se requiere de una modificación sustancial de la correlación de fuerzas. La cuestión no se decidirá simplemente en el terreno de los proyectos económicos sino en la esfera política. Y cuando nos referimos a esta esfera, no la reducimos a una cuestión simplemente electoral. Algunos sectores democráticos han adoptado la idea de que una modificación de los proyectos neoliberales pasa inevitablemente por triunfos electorales. El horizonte electoral de 1994 aparece de una manera abrumadora para la izquierda latinoamericana; es más, en algunas ocasiones se parte de que no hay que generar una fuerte movilización social que pueda polarizar a la sociedad para no poner en riesgo el arribo a los gobiernos. Y, sin embargo, hay que decirlo claramente: sin una movilización social importante, la llegada a algunos gobiernos por parte de sectores de izquierda o democráticos puede terminar con una adaptación a la política neoliberal, bajo el criterio del realismo.

Vivimos en América Latina aspectos muy contradictorios de varios fenómenos; crisis de los proyectos nacionalistas que fueron clave en los decenios de los años cuarenta, cincuenta y sesenta. Crisis de los otros viejos proyectos burgueses liberales y conservadores. Crisis de los proyectos de izquierda reformistas. Y crisis de los proyectos socialistas radicales. Todo esto, más el impulso de la ideología neoliberal, ha creado un panorama complicado. Mientras que hace algunos años se luchaba fundamentalmente en el Cono Sur por salir de los régimes dictatoriales, hoy estamos viendo la crisis de la actividad política como tal. El triunfo de Fujimori o la crisis de Carlos Andrés Pérez tienen aspectos en común. Una parte importante del pueblo latinoamericano está cansado de la politiquería. Por eso ven con simpatía la disolución del parlamento peruano. En última instancia, ese parlamento para nada

les servía. Sabemos que es muy probable que la buena estrella de Fujimori tienda a agotarse, pero eso no va a dar paso a una exaltación del parlamento.

Este cansancio de la política o, para ser más precisos, de la politiquería encierra un gran peligro. Se requiere la elaboración de una respuesta que, tomando en cuenta la importancia de posibles triunfos electorales, no deje en un futuro incierto la generación de una fuerza social que rete el poder político y, por tanto, que permita la puesta en práctica de un proyecto alternativo.

En la izquierda latinoamericana hemos sido bastante manipuladores de los sectores sociales. La reacción que estamos viendo no es simplemente un producto ideológico del neoliberalismo (que lo es), sino también una reacción natural al hegemonismo, al burocratismo, al autoritarismo (que ha llevado a algunos a cantar loas al método del "electroshock" para que el pueblo entienda), que han estado cubiertos de un discurso igualitario y de una práctica de democracia de plebiscito, que niega la verdadera democracia del pueblo.

Por otro lado, cuando se habla de un nuevo discurso político de la izquierda latinoamericana o de la generación de una nueva cultura política, muchas veces se piensa en modelos socialdemócratas, sin darse cuenta del carácter profundamente manipulador y antidemocrático de ese proyecto.

Redefinir la relación de los partidos políticos de izquierda con la población parte efectivamente de una democracia horizontal y no vertical, pero ésta debe ser practicada por abajo y respetada por los que representamos proyectos políticos.

Ese proceso de autorganización, en última instancia, pone en el orden del día la necesaria lucha porque la gente común y corriente avance paulatinamente en tomar en sus manos el control de sus destinos. Primero localmente, en sus trabajos, en su barrio, posteriormente en el nivel regional, etc., pero no escudarse (como lo hemos hecho muchos) en una supuesta teoría del poder popular para manipular, promover y limitar las expresiones de lucha de acuerdo a los intereses partidarios.

Y en ese proyecto de autorganización, la opresión de la mujer y la necesaria organización autónoma de las mujeres es central.

3. La lucha por la democracia radical. Quizá sea en el terreno de la lucha democrática donde la izquierda más golpes ha sufrido. Siempre propusimos un proyecto democrático

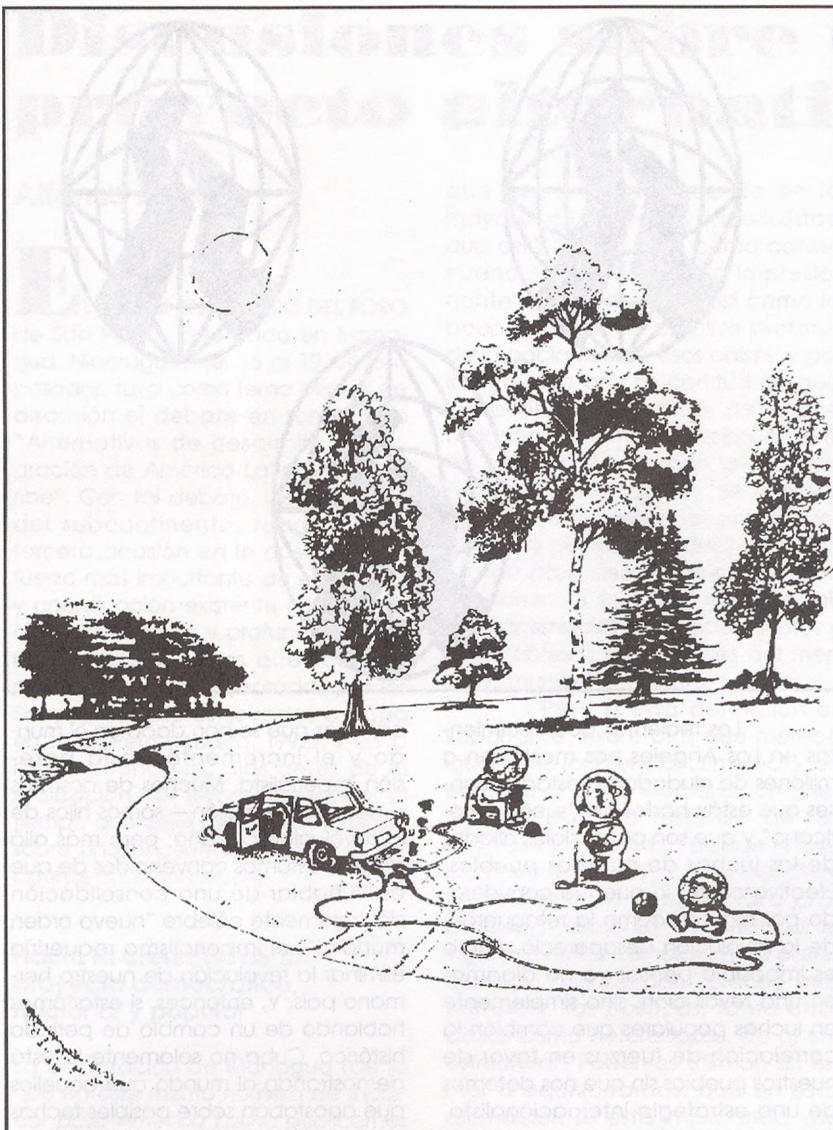
de sociedad pero muchas veces una buena parte de la izquierda se identificó con causas poco democráticas (por no decir que nada democráticas) y, en segundo lugar, su práctica no tuvo mucho que ver con ese parámetro. Ahora, reaccionando ante una cierta pérdida de iniciativa en ese terreno, se habla de una especie de "democracia sin adjetivos" (como diría un intelectual mexicano), en la que los aspectos electorales tienden a subsumir todo lo demás.

Sin embargo, la lucha por la democracia sigue siendo el eje central de nuestra actividad política. Lo que sucede es que tenemos que redimensionarla. Tomaremos aquí una serie de conceptos tomados de un artículo de Ernest Mandel sin que forzosamente el desarrollo sea similar.

a) Una democracia de los consumidores. El objetivo de los sectores de izquierda y democráticos es luchar por una sociedad más justa, libre y autorganizada. Si bien no estamos por una visión consumista que consolida la enajenación, tampoco tenemos esa visión burocrática de que los bienes de consumo deben reducirse a la mínima expresión con tal de producir tractores. En América Latina, nuestra lucha es porque el pueblo viva mejor, dignamente y para esto se requiere avanzar en un proceso de democratización del consumo y de los consumidores.

b) Una democracia ecológica. Recientemente, el comandante Fidel Castro, en la cumbre de Río, planteó claramente los aspectos centrales del problema ecológico. En el caso de nuestros países, el deterioro del entorno ambiental está íntimamente vinculado a los procesos de sobreexplotación y, por tanto, a la miseria y al hambre. Hemos visto la parcial destrucción de la selva brasileña, de la lacandona (en México), de la sabana costarricense, de las islas Galápagos en Ecuador, etc. Y siempre esos procesos han estado ligados a la llegada de empresas transnacionales. De la misma manera, hemos sentido en carne propia la experimentación de insecticidas, fertilizantes, etc. Recientemente, en México, en el estado de Sonora, los niños nacidos con leucemia han aumentado de manera considerable como resultado de la utilización de ciertos fertilizantes.

Vivir dignamente no significa solamente consumir más sino luchar por frenar esa loca carrera destructiva que amenaza como nunca al género humano. En un sentido concreto, significa que no esté en manos de unos cuantos notables capitalistas o burócratas la decisión sobre las modificaciones a los entornos ecológicos, o la decisión de



construcción de plantas nucleares, etc. Una democracia ecológica reclama el derecho que tienen los ciudadanos de decidir sobre un aspecto fundamental, de vida o muerte: ¿cuáles son las relaciones que debe establecer el ser humano con la naturaleza?

c) Una democracia solidaria. En épocas como las actuales, donde se cantan todas las loas al individualismo o a un tipo de solidarismo que busca barrer con las diferencias de clase, es necesario reivindicar una democracia más igualitaria que la que existe en el capitalismo. Dentro de este concepto, es necesario reconocer que el sistema de explotación y dominación ha generado una desigualdad estructural: la opresión de la mujer, la opresión y sobreexplotación de los indios, de los negros, de los inmigrados, etc. Por tanto, se requiere que en nuestras sociedades se den acciones favorables que vayan compensando la marginación, la opresión y la explotación de siglos.

d) Una democracia de ciudadanos. Nuestra visión de la demo-

cracia no se restringe únicamente a una visión de clase sino también tiene que responder a los intereses individuales. Es decir, se trata de que la "libertad de cada quien sea garantía de la libertad de todos". Las clases sociales están compuestas por individuos con diverso tipo de problemas, tanto políticos, como culturales, ideológicos, sicológicos. Pretender igualarlos a todos es asegurar la conformación de un sistema dictatorial. En ese sentido, los derechos individuales deben ser considerados como sagrados por los socialistas.

Muchas veces es precisamente en el terreno individual donde los niveles de opresión llegan a extremos de dureza inconcebibles. Las cárceles, los "manicomios", incluso la escuela, son instrumentos de control y negación de los derechos humanos de los ciudadanos. El mantenimiento del capitalismo no se ha dado simplemente por proyectos económicos, o por la represión militar o policiaca. Ha existido algo mucho más sutil y, sin embargo, tan depredador como lo anterior: la represión sobre el ser humano, tomado como

ente aislado; eso no hay que olvidarlo cuando elaboraremos los deberes y los haberes del capitalismo. Una democracia ciudadana es entonces una democracia donde florecerán los derechos humanos, no limitándose, sino extendiéndose.

4. La lucha por el poder político; la construcción de un nuevo tipo de Estado. A raíz del fracaso de los regímenes burocráticos de Europa del Este, una serie de compañeros de izquierda o democráticos han venido cuestionando aspectos fundamentales de lo que ellos consideran la "teoría de la revolución". Se han pronunciado abiertamente por un "nuevo concepto de poder", que niega un supuesto viejo concepto. Según esto, el viejo concepto de poder partía de que era necesario tomar el control del aparato de Estado para llevar a cabo una serie de transformaciones sociales, es decir, las modificaciones venían desde arriba y en la práctica eran impuestas sin el mínimo consenso social, lo cual degeneró en la formación de una triada infernal: partido único-ejército-Estado, es decir, en una dictadura.

Si uno llevara hasta sus últimas consecuencias este tipo de análisis, se llegaría a una conclusión similar a la que llega Boris Yeltsin: "la revolución rusa no fue una revolución sino un golpe de Estado". Ninguna revolución, ni la rusa ni la china ni la cubana ni la nicaragüense se hicieron sin que se hayan producido grandes modificaciones sociales, grandes modificaciones en la sociedad civil. La conquista de la hegemonía en la sociedad no se dio después de la toma del aparato de Estado sino mucho antes. En ese sentido, concordamos totalmente con aquellos que se oponen a una visión estatista de las modificaciones sociales; lo que sucede es que no creemos que esa sea una concepción socialista.

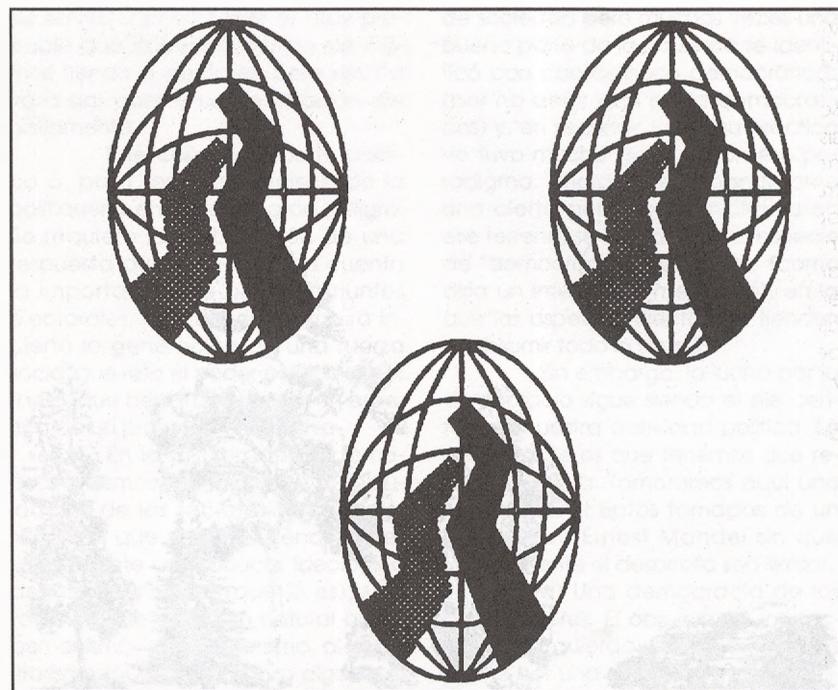
El problema se presenta cuando los que plantean el "nuevo concepto de poder" hacen caso omiso del significado del Estado como tal, a pesar de que han venido criticando al marxismo por una supuesta carencia de análisis sobre el Estado o de una visión reduccionista (Estado igual a banda de hombres armados) y, sin embargo, ahora esos mismos compañeros nos escamotean el análisis de lo que es efectivamente la quintaesencia del poder: el Estado. Porque es indudable que ganar hegemonía en la sociedad implica necesariamente ir generando y desarrollando un poder alternativo democrático. En última instancia, ésa es nuestra obsesión. Generar un proyecto económico alternativo, una dinámica de autorganización, una democracia radical, llevan inevitable-

mente a luchar en los marcos del capitalismo para generar un poder popular emergente. Pero si ese poder popular emergente no se plantea el problema del Estado como un objetivo, inevitablemente podrá ser institucionalizado.

Al menos que pensemos que una estrategia de construcción de una especie de microfísica del poder podrá realmente resolver a la larga los problemas de la sociedad, una economía basada en las necesidades del ser humano o una democracia donde todo esté subordinado a la búsqueda de una vida mejor y digna no puede convivir en el largo plazo con un capitalismo salvaje e inhumano. Si bien el Estado no es, evidentemente, sólo una "banda de hombres armados", también lo es y es conveniente no olvidarlo.

5. Un nuevo tipo de internacionalismo. Hasta hace algunos pocos años, la visión de internacionalismo estaba sobre determinada por una interpretación del mundo que partía de que existían tres mundos: por un lado el imperialismo, en especial el estadounidense, normalmente analizado como un todo homogéneo. Por otro, el bloque soviético, al cual se le atribuía el rol de retaguardia estratégica de la revolución y al que se le debía perdonar absolutamente todo (invasión a Checoeslovaquia, invasión a Afganistán, apoyo a Jaruzelsky, oportunismo frente a las oligarquías latinoamericanas, etc.). Y por último, un tercer mundo (los no alineados), a los cuales también se les analizaba como bloque homogéneo. Esto llevó a un internacionalismo tercero-mundista y bastante oportunista frente a las dictaduras del Este europeo y a no plantearse ningún tipo de relación con los trabajadores y con los nuevos sujetos sociales del mundo imperialista sino simplemente con los aparatos burocráticos de control.

Este mundo ha saltado en mil pedazos. Se requiere, por tanto, de una "nueva cultura internacionalista" que pase por arriba de las barreras de los aparatos de control burocrático. Hemos dicho de manera constante que estamos por una democracia horizontal; pues bien, éste es el mismo concepto que proponemos para el nuevo tipo de internacionalismo. Un internacionalismo horizontal que privilegie los lazos entre los sectores sociales, entre los trabajadores, campesinos, mujeres, jóvenes, etc. La propuesta de Bush de una libre integración comercial debe inevitablemente ser respondida con una política que se dirija hacia los trabajadores estadounidenses y canadienses.



Los recientes acontecimientos en Los Angeles nos mostraron a millones de ciudadanos estadounidenses que están hartos del "sueño americano" y que son potenciales aliados de las luchas de nuestros pueblos. Efectivamente, lo que fue considerado por algunos como la retaguardia de la revolución desapareció. Ahora es imposible pensar ya no digamos en una revolución, sino simplemente en luchas populares que cambien la correlación de fuerzas en favor de nuestros pueblos sin que nos dotemos de una estrategia internacionalista. Pero no nos equivoquemos; esa línea no puede estar basada en la socialdemocracia internacional; y no porque en este momento no está en su mejor época (derrota en Suecia, Alemania e Inglaterra, y muy posiblemente en unos años en Francia), sino porque los intereses de la socialdemocracia son contrarios a los de nuestros pueblos (los ejemplos de Venezuela, Ecuador y Bolivia son importantes).

Para terminar, no es posible dejar de mencionar la importancia que tiene para el cambio en la correlación de fuerzas internacional y en la búsqueda de una alternativa global al neoliberalismo el caso de Cuba. Independientemente de diferencias o críticas que pudiéramos tener o que tenemos con la dirección del Partido Comunista Cubano, hoy por hoy Cuba representa la demostración de que se puede construir otra sociedad con valores humanos diferentes. Donde la economía está destinada a satisfacer las necesidades del pueblo y no está determinada por la sed de ganancia. En esa fortaleza reside la capacidad que ha tenido esa revolución para resistir los

cambios que se han dado en el mundo y el incremento de la agresión imperialista. Muchos de nosotros —como generación— somos hijos de la revolución cubana; pero más allá de eso, estamos convencidos de que para hablar de una consolidación del tristemente célebre "nuevo orden mundial", el imperialismo requeriría eliminar la revolución de nuestro hermano país. Y, entonces, sí estaríamos hablando de un cambio de periodo histórico. Cuba no solamente le está demostrando al mundo que aquellos que apostaban sobre posibles fechas de su caída se han equivocado. Ahora hasta el mismo Pentágono reconoce que no se está —ni siquiera medianamente— en una situación de crisis de sistema. Pero no podemos bajar la guardia. Defendemos Cuba no solamente por el grado de identidad que tenemos con esa revolución sino porque en su futuro se está jugando el nuestro.

Discusiones sobre un proyecto alternativo

Alfonso Moro

EL TERCER ENCUENTRO DEL FORO de Sao Paulo, celebrado en Managua, Nicaragua, del 16 al 19 de julio pasados, tuvo como tema central de discusión el debate en torno a las "Alternativas de desarrollo e integración de América Latina y el Caribe". Con tal debate, las izquierdas del subcontinente, reunidas por tercera ocasión en lo que es el esfuerzo más importante de encuentro y coordinación existente en nuestros días, continuaron y profundizaron las reflexiones iniciales que sobre el particular fueron elaboradas por los Seminarios-Talleres llevados a cabo en Lima, Perú (febrero, 1992), y en la propia Managua, días antes de la realización del Tercer Encuentro, al tiempo que dejaron sentadas las bases sobre una discusión estratégica que apenas ha comenzado.

Hacia la creación de un proyecto democrático, nacional y popular

La declaración de Managua (de la que en este mismo número de *Inprecor para América Latina* publicamos largos extractos) se caracteriza por un contenido claramente antimperialista, mejorando sustancialmente la que resultó del Segundo Encuentro, celebrado en México en junio de 1991,¹ y ha podido avanzar en una serie de definiciones que, en su caso, habrán de servir para marcar el accionar de las corrientes que forman parte del Foro. En concreto, entre otros elementos, se hace hincapié sobre la falsa disyuntiva de identificar democracia con capitalismo, propuesta hoy en voga por todo el mundo, a través de la cual se vienen avanzando proyectos como el de la "Iniciativa para las Américas", del presidente estadounidense George Bush, con la que se quiere hacer creer que sin la presencia y predominio de la economía de mercado, sin la aplicación continuada de las llamadas políticas de ajuste estructural, nuestros países continuarán condenados a sufrir crisis permanentes o, en su caso, a vivir en el atraso secular.

El rechazo a este tipo de visión, falsamente paradigmático, se basa en una doble constatación: por una parte, la ya prolongada crisis

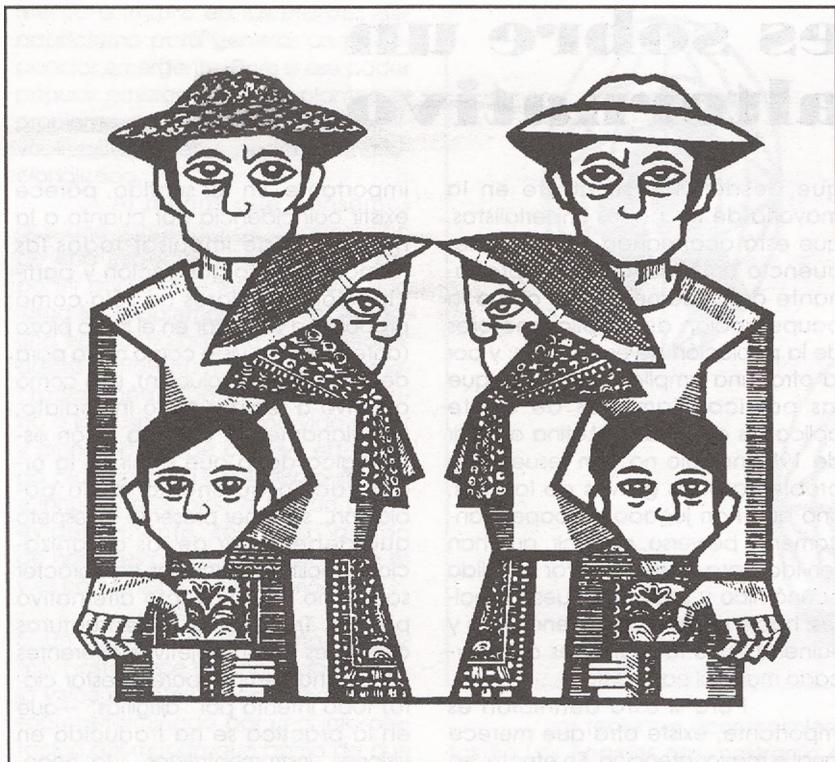
que desde 1990 se abate en la mayoría de los países imperialistas, que está acarreando como consecuencia un crecimiento impresionante del desempleo, así como la pauperización de amplios sectores de la población de esos países; y por la otra, una amplia certitud de que las políticas llamadas de ajuste aplicadas en América Latina a partir de 1982 no sólo no han resuelto los problemas más graves de la crisis, sino que han jugado un papel francamente perverso, es decir, que han servido para desestructurar el tejido económico y social de nuestros países, haciéndolos más dependientes y vulnerables a los vaivenes del mercado mundial capitalista.

Pero si esta definición es importante, existe otra que merece igual o mayor atención. En efecto, en el inciso III de la Declaración (Elementos para la defensa de los intereses populares), puede leerse claramente que "(...) para modificar el carácter de la estructura productiva tradicional, o luchar por la vigencia de los cambios en los países que sí lo han logrado" preciso será combatir "las políticas, tanto ortodoxas como heterodoxas, de ajuste estructural". Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que en esta afirmación se está implicando una crítica más o menos velada hacia lo que fueron las opciones de política económica que, por ejemplo, los sandinistas pusieron en marcha durante los tres últimos años de su gobierno, y que tan catastróficos resultados dieron para la mayoría de la población, al tiempo que previene sobre las falsas expectativas que estas opciones, tomadas por separado o mezcladas, pudieran generar en términos de una política económica viable para nuestros países. Por ello mismo, es importante que la Declaración mencione explícitamente que "el proyecto neoliberal propuesto para América Latina y el Caribe no admite enmienda", lo que en la práctica debe traducirse en el diseño y elaboración de un proyecto económico radicalmente diferente.

Aunado a lo anterior, existen otros elementos reconfortantes que denotan el carácter de la discusión que tuvo lugar en Managua, aun cuando ésta obligadamente haya tenido un tinte bastante heterogéneo. La incorporación de una serie de observaciones sobre lo que las izquierdas concebimos como nuestra visión de la democracia es bastante

importante. En tal sentido, parece existir coincidencia por cuanto a la necesidad de impulsar todas las formas de autorganización y participación populares no sólo como propósito a alcanzar en el largo plazo (anteriormente visto como meta para después de la revolución), sino como objetivo a realizar en lo inmediato, cotidianamente. Sin esta visión estratégica de lo que significa la organización autónoma de la población, sin tener presente el respeto que debe existir de las organizaciones políticas hacia las de carácter social, no hay proyecto alternativo posible. Tratándose de estructuras diferentes y con objetivos diferentes (lo que no siempre parece estar claro) todo intento por "dirigirlas" —que en la práctica se ha traducido en visiones instrumentalistas y/o hegemónicas— conducirá invariablemente, a medio o largo plazo, a su división y destrucción. Esta experiencia es válida tanto para las organizaciones estructuradas bajo una concepción político-militar como para aquellas que han podido participar dentro de los marcos legales o institucionales en diversos países, independientemente de su tamaño y enraizamiento social. Es en este terreno del accionar político, entre otros, donde aún ahora la izquierda latinoamericana muestra gran debilidad, por lo que al tiempo que se avanza en la construcción de un proyecto económico diferente deberá también continuarse la discusión sobre el particular.

Siempre en el terreno del proyecto económico alternativo que es preciso construir, la reunión de Managua avanzó sus primeros pasos en lo que hace a algunas experiencias de participación popular de tipo regional donde, por cierto, invariablemente encontramos la participación de las organizaciones no gubernamentales (ONGs). Sin profundizar en un debate cada vez más necesario, la Declaración asienta correctamente que "la suma de tareas microeconómicas, por muy autónomas y populares que sean, no constituyen por sí solas una alternativa nacional". Es decir, si bien este tipo de experiencias son importantes y necesarias para el proceso de acumulación de fuerzas del campo popular, ellas resultan insuficientes para romper con el cerco que representa el sistema capitalista, si no se fijan como objetivo avanzar en la conformación de un verdadero proyecto



nacional que obligadamente debe sobrepasar el estrecho margen de una visión regional por muy avanzada que ésta sea.

Pragmatismo e internacionalismo

Si la reunión en Managua permitió continuar el proceso de elaboración y reflexión comunes iniciado en São Paulo en 1990, también dejó al descubierto lo que siguen siendo las prácticas a que han estado acostumbradas buena parte de las izquierdas latinoamericanas, donde muchas veces se confunden actitudes pragmáticas que lindan con el oportunismo y lo que debiera ser una verdadera visión internacionalista de esa izquierda que busca presentarse como un proyecto realmente viable no sólo frente a la población de sus países sino también respecto a la población de otros países.

Dos hechos importantes marcaron y tensionaron la realización del Tercer Encuentro, al tiempo que, por la manera como fueron resueltos, dejan un mal precedente que podría volver a repetirse y cuyas consecuencias pueden ser fatales para la pervivencia del Foro de São Paulo.

A iniciativa de los cuatro partidos mexicanos que estaban representados en Managua (Partido de la Revolución Democrática, Partido Revolucionario de los y los Trabajadores, Partido de los Trabajadores y Partido Popular Socialista), se presentó una propuesta de declaración del Encuentro en la que, de manera por demás mesurada, se hacía la denun-

cia del nuevo fraude electoral cometido por el gobierno mexicano durante las elecciones para gobernador en el estado de Michoacán, que se efectuaron a principios de julio.

Discusiones y consultas de por medio, que llevaron varias horas, habían permitido arribar a una propuesta de declaración que centraba su denuncia en un aspecto que debería ser nodal para todos los reunidos: la violación reiterada del gobierno mexicano de un derecho democrático elemental como es el respeto al voto ciudadano. El problema estaba planteado claramente: o bien las izquierdas reunidas en Managua hacían suya esta reivindicación que no sólo es de las organizaciones políticas sino de todo el pueblo de México, o, por razones "tácticas" —válidas o no, ése es otro asunto—, que tienen que ver con las relaciones que tienen casi todas las organizaciones de la izquierda latinoamericana con el gobierno mexicano, éstas simplemente se oponían a cualquier declaración donde se involucrara a dicho gobierno y a su partido-Estado, el Partido Revolucionario Institucional.

La presión ejercida por cuenta de muchas organizaciones en el sentido de que no firmarían llevó a retirar la propuesta de declaración; pero, lo que es más grave, los anfitriones de la reunión tomaron por su cuenta la iniciativa de llevar a hablar a "un observador" de la COPAL cuando se daba el debate sobre el contenido de la declaración, "observador" que resultó ser un miembro de la dirección del mis-

mismo PRI mexicano, quien, sin representatividad alguna dentro del Encuentro pero con el aval de los anfitriones, tomó la palabra para decir que las elecciones en México se habían caracterizado por su "limpieza", por lo que no veía la razón para emitir cualquier declaración sobre el particular.

El segundo caso fue no menos turbio. Si ya dentro de los participantes como observadores había representaciones oficiales del Partido Comunista Chino, del Partido del Trabajo de Corea del Norte y del Partido BAAS de Irak, el ambiente de discusión se tornó más que tenso cuando, a justo título, el representante del Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil planteó que así como el Encuentro había aprobado una declaración de solidaridad con el pueblo de Irak, exigiendo el levantamiento del bloqueo que le fue impuesto después de la Guerra del Golfo, el propio Encuentro debía también emitir una declaración de "apoyo al pueblo kurdo, hoy reprimido por los gobiernos de Irak y Turquía". Esta declaración fue aprobada en principio con los votos en contra del Partido Comunista de Cuba y el Frente Sandinista, así como con las abstenciones del ELN, las FARC y el PC colombianos, los PCs de Argentina y República Dominicana y el Partido Socialista de Puerto Rico.

Tal decisión democrática fue en los hechos escamoteada cuando los representantes del gobierno de Sadam Hussein fueron invitados, una vez más por los anfitriones del evento, a hacer uso de la palabra planteando una visión mítica que, evidentemente, nada tiene que ver con la situación del pueblo kurdo y el supuesto respeto a sus derechos humanos por parte del gobierno iraquí. Aunque se llegó a una nueva propuesta de redacción, que la representación del PT de Brasil aceptó para mantener el marco unitario del Encuentro, fue más que evidente que tal gesto unitario fue totalmente tirado por la borda si se tiene presente que en la edición del periódico Barricada del 20 de julio aparecieron todas las declaraciones de solidaridad internacional, excepto la que hace referencia a los kurdos.

Estos hechos ensombrecen de forma considerable el Tercer Encuentro, pues dan testimonio de una práctica poco democrática en las formas de funcionamiento y para nada internacionalistas de varias de las organizaciones allí reunidas, a la vez que invariablemente habrán de repercutir en los debates futuros de los miembros integrantes del Foro de São Paulo. Es evidente que el renacimiento del internacionalismo por el que todos dicen abogar no puede

darse sobre la base de una visión estrecha que sólo llega a las fronteras del país a que pertenece tal o cual organización tomada en particular. O se avanza hacia una discusión franco y abierta sobre las implicaciones que tienen las relaciones entre los gobiernos y Estados y las fuerzas que componen el Foro, o bien éste, tarde que temprano, perderá uno de los pilares que le dieron origen y que quedó explícitamente planteado en la Declaración de São Paulo, a saber el "(...) compromiso activo con la vigencia de los derechos humanos y con la democracia y soberanía popular como valores estratégicos colocando a las fuerzas de izquierda socialista y progresistas frente al desafío de renovar constantemente su pensamiento y su acción".²

Otros retos a superar

Tras la sacudida que vivió la izquierda internacional y en particular la de América Latina después de la caída de las dictaduras burocráticas en Europa del Este y Central, y los acontecimientos que se fueron sucediendo desde la invasión yanqui a Panamá (diciembre de 1989) hasta la Guerra del Golfo el año pasado, es claro que una buena parte de las certitudes que antes teníamos han desaparecido y que muchas preguntas toman su lugar. Son preguntas que tomarán tiempo en encontrar una respuesta y, sin duda, requerirán de una capacidad renovada de reflexión y análisis. Luego entonces, sería imposible pedir a las fuerzas componentes del Foro de São Paulo respuestas inmediatas y globales a los complejos problemas a que nos vemos confrontadas todas las organizaciones de la izquierda, sea de conjunto o cada una por separado. Pero, dicho lo anterior, es preciso apuntar, así sea mínimamente, algunos de los temas sobre los que la discusión e intercambio de opiniones deberá avanzar en el futuro.

Hasta ahora, ha sido poco o nada tratado el problema del Estado, bien sea que se hable de él en las sociedades capitalistas o en las llamadas sociedades en transición. Si se retoma la Declaración de Managua (lo mismo que puede hacerse con las de São Paulo y México), notaremos que un análisis más concreto sobre el papel que éste juega hoy en día está casi ausente. Certo es que se han hecho avances por cuanto a caracterizar como profundamente erróneas las visiones que sostienen bien sea una visión estatista de la política o, como lo plantean las teorías y prácticas neoconservadoras hoy de moda, de reducción total

del Estado en la esfera económica. Pero el problema sigue de pie. Cuando se hace referencia a la necesaria democratización del Estado, tenemos que partir de constatar que éste sigue siendo el pilar central al que todas las experiencias de revueltas y revoluciones populares se han enfrentado sin excepción. ¿Cómo evitar la burocratización y degeneración de las fuerzas de la izquierda que se aproximan a los ámbitos de influencia del aparato estatal, comprendida, por ejemplo, la participación parlamentaria?. ¿Puede hablarse de una lucha por la democratización del Estado independientemente de plantearse un proyecto de ruptura democrática radical?. ¿Qué balance tiene hoy la izquierda en nuestros países sobre la relación entre el Estado, las organizaciones políticas y los movimientos sociales?. ¿Cómo se plantea la izquierda la desprivatización del accionar político del Estado?. Son preguntas que, insistimos, llevará tiempo responder, pero está claro que un verdadero proyecto de desarrollo alternativo (incluido en él la creación de una nueva cultura popular, política y social) obligadamente deberá irse acercando hacia la elaboración de las posibles respuestas. Y entre más pronto mejor.

Si la cuestión del Estado amerita una discusión en profundidad, lo mismo debe plantearse respecto del debate sobre un Nuevo Orden Internacional que ha sido avanzado por diversas organizaciones participantes del Encuentro. Pensamos que la propuesta en sí misma es válida y más necesaria que nunca, pero el cuerpo con el que se busca vestirla resulta a todas luces inadecuado.

En efecto, si se lee el punto VII de la Declaración (Alternativas y exigencias), podrá verse que se está proponiendo una "total reorientación de las políticas y funciones del FMI y del BM", cuando que es evidente que un Nuevo Orden Internacional debería asentarse sobre la conformación de otro tipo de instituciones. Como en el caso de las políticas neoliberales, ni el FMI ni el Banco Mundial, ni las demás instituciones, crediticias o no, producto de la Segunda Guerra Mundial, admiten enmienda. Trátase en este caso de un debate en el que no puede haber confusión, a no ser que se quiera repetir la experiencia de mediados de los años setenta, cuando buena parte de la izquierda internacional se embarcó en una discusión similar, pero sin superar su visión terciermundista y con los resultados fallidos hoy conocidos por todos.

Por último, lo atinado de la iniciativa a la que el PT de Brasil con-

vocó hace tres años se muestra hoy con la creciente participación de organizaciones, partidos y movimientos sociales que, provenientes de casi todos los países de América Latina y el Caribe, y de varios de Europa, Asia, Estados Unidos, Canadá y Medio Oriente, han asistido a este Tercer Encuentro, sea como miembros, invitados u observadores. Pero este éxito comienza a su vez a plantear algunos problemas de funcionamiento que será preciso corregir.

En efecto, no puede pensarse que el método de plenarias sea hoy el más adecuado para discutir temas tan bastos y complejos como los abordados en Managua, más si se piensa en la perspectiva de seguir ampliando el número de participantes y en profundizar los debates. El propio Encuentro de Managua ha mostrado que este método —válido anteriormente— hoy llegó a su límite, y que sería mucho más redituables plantear modificaciones tanto en el sistema de discusión como en el de designación de la Comisión Coordinadora, responsable de preparar los encuentros y demás actividades que de ellos se desprenden. Claro está que una modificación de este tipo debe evitar de entrada caer en una falsa visión democratista de las discusiones o en la óptica de buscar protagonismos pasajeros por el hecho de formar parte de la Coordinadora. El periodo de preparación que conducirá a la realización del Cuarto Encuentro debe, pues, servir de marco de reflexión para avanzar en estos dos terrenos, de forma tal que, al momento en que se realice, pueda, por ejemplo, funcionarse a través de mesas de trabajo y, en su caso, sean incorporadas nuevas organizaciones como parte de la Comisión Coordinadora.

Mientras tanto, habrá que comenzar a prepararse sobre la discusión y reflexiones a que se abocará la izquierda latinoamericana en ese Cuarto Encuentro, el año entrante, en La Habana, Cuba, para tratar como temas centrales "La evolución económica, política y social de América Latina y el Caribe" y "La relación entre partidos y movimientos sociales".

Agosto, 1992.

notas

1. Ver *Inprecor para América Latina*, núm. 15, agosto, 1991.
2. Ver *Inprecor para América Latina*, núm. 6, julio, 1990.

El Encuentro de Managua en la prensa nicaragüense

Como complemento de los materiales que hemos publicado en este número de *Inprecor para América Latina* sobre el Tercer Foro de São Paulo, efectuado en Managua, Nicaragua, reproducimos a continuación extractos de notas periodísticas aparecidas en la prensa nicaragüense durante la realización del encuentro.

EL SECRETARIO GENERAL DEL Frente Sandinista, Daniel Ortega, dio la bienvenida a los delegados de la izquierda latinoamericana e hizo un llamado a trabajar en la búsqueda de nuevos instrumentos de lucha que permitan tomar la iniciativa y cambiar el actual Orden Económico Internacional (...). Subrayó el dirigente del FSLN la necesidad de "fortalecer la convergencia, cohesión, unidad, que nos permita no sólo resistir a ese capitalismo salvaje sino también desarrollar una propuesta hacia el socialismo".

Abel Prieto, miembro del Buró Político del Partido Comunista Cubano, manifestó por su parte que la sesión de Managua es un reto a la visión fatalista del capitalismo que quiere hacer creer (que) no hay opción viable al neoliberalismo.

"Nuestra única opción hoy es el socialismo", dijo Prieto, al tiempo que ratificó el compromiso de Cuba de vencer el bloqueo y las presiones para avanzar hacia el futuro.

El dirigente del FMLN, Francisco Jovel, más conocido como Roberto Roca, señaló que actualmente en El Salvador están abocados a buscar una ejecución exacta de los acuerdos firmados y advirtió que las fuerzas democráticas mantienen una lucha permanente.

(...) Marco Aurelio García, del Partido de los Trabajadores de Brasil, destacó el hecho de que se

avecinan procesos electorales en los que la izquierda puede constituirse en una alternativa.

Barricada, 17 de julio de 1992.

Ernest Mandel, una de las personalidades invitadas al III Foro de São Paulo fue demasiado tajante y a la vez creíble, también demasiado creíble para los delegados de la izquierda latinoamericana reunida en Managua.

(...) No hubo uno, sino varios delegados al Foro que solicitaron que su mensaje fuera parte de los documentos a estudiarse, dada las iniciativas propuestas. Novedosas, renovadoras: esta vez, el socialismo también se basaría en las amplias libertades democráticas. (...) El teórico marxista atacó el socialismo al estilo estaliniano. Se lanzó contra los dogmas y los prejuicios. Y además, en medio de la incertidumbre que golpea a los hombres de izquierda, les comunicó a desamarrar los nudos políticos que atascan las ideas y las vuelven demasiado viejas para fijarse en ellas.

(...) (Mandel señaló que) el socialismo que se exhibió en los escaparates de Europa del Este fracasó. Y fue un socialismo que llegó al poder sin el permiso de los obreros.

Es el fracaso de las dos variantes de alcanzar una sociedad sin clases, según Mandel: la socialdemocracia y el postestalinismo.

(...) Adujo que hay una dimensión nueva en la conciencia elemental de las masas que resulta de todo lo malo que prevaleció en el movimiento obrero.

Por ello, Mandel alzó su voz contra el "verticalismo y el estatismo".

"Hay una desconfianza en todo lo que se trata de manipular, en el movimiento obrero", reconoció.

Ahora prevalecen deseos de autorganización, de autogestión, de decidir por sí mismo, refirió.

El teórico indicó, en una crítica velada al FSLN y Cuba, y partidos de izquierda que han tomado el poder, que el Estado, el gobierno, los partidos, la dirección de los partidos sólo son "instrumentos para ayudar a la autoliberación de la clase obrera, y no son sustitución de ella".

(...) "El socialismo gana fuerza política y moral si es socialismo plural, de autogestión, ecologista, feminista. Si es un socialismo que se identifica con las libertades, con la realización de deseo de la clase obrera", testimonió Mandel, descubriendo un poco las cortinas de la incertidumbre, para que el sol entrara, quizás por primera vez, en la izquierda latinoamericana.

Barricada, 19 de julio de 1992.

El III Encuentro de los Movimientos y Partidos Políticos del Foro de São Paulo emitió ayer la Declaración de Managua, que consigna su decisión de continuar la lucha por la liberación político-económica de América Latina y el Caribe y condenar la política agresiva de Estados Unidos contra el pueblo cubano.

Después de tres días de sesionar, los ciento veintidós asistentes al evento concluyeron que Estados Unidos debe cesar de inmediato el "ilegal e inmoral" bloqueo contra la patria de José Martí, que tiene derecho a defender "su determinación de construir el socialismo", y se comprometieron a movilizar a los pueblos del mundo para contribuir a su defensa.

Barricada, 20 de julio de 1992.

